

EL BANQUETE DEL DIVINO AMOR
POR
JOSE FRASSINETTI

PARROCO DE SANTA SABINA EN GENOVA

A LOS SANTOS DEL SEÑOR

En este día dedicado a vuestra festividad, Santos todos del Paraíso, que ya fuisteis llamados a sentaros a la cena de las bodas del Cordero (*Apoc. XIX*), comensales en el banquete del beatífico divino amor en el cielo, yo os ofrezco mi trabajo, al cual hoy doy principio sobre el Banquete del Divino Amor aquí en la tierra. La sustancia del alimento es la misma: vosotros os saciáis allá arriba de ella, contemplando y gozando, nosotros acá abajo creyendo y padeciendo: pero la sustancia es la misma: Aquel que es el Pan del cielo, es también el Maná del desierto, Cristo en el cielo resplandeciente de gloria, en la tierra escondido bajo las especies sacramentales, circundado de esplendores, sentado en el cielo a la diestra del Padre divino, y acá en la tierra envuelto en la oscuridad del tabernáculo.

¡Oh gloriosos Santos! yo os ofrezco y recomiendo mi pobre trabajo, para que me alcancéis la gracia de que sea válida y eficaz invitación a todos los cristianos para que acudan hambrientos y sedientos al gran Banquete del Divino Amor, que está aquí preparado, hasta que libres, cuando Dios quiera, de las angustias y temores de esta vida, vayan un día a tomar parte en el Banquete Celeste, en el cual vosotros os sentáis en paz y descanso eterno.

¡Gloriosos Santos! Saborear el Banquete del Divino Amor en la tierra es lo que se os ha dispuesto tan bien para participar del banquete del divino amor en el cielo. Rogad a Dios que bendiga este mi trabajo a fin de que, por su medio tantos y tantos gustando ahora como un tiempo vosotros, el gran sustento con fe, se dispongan para gozarle después con vosotros en la gloria.

Génova, Noviembre 1 de 1866

José Frassinetti (1)

(1) El autor murió el día 2 de Enero de 1868, después de una vida llena de trabajos en olor de santidad, pasando así a recoger el fruto de su celo apostólico en el cielo. Escribió muchísimos opusculitos de actualidad y otras obritas y obras muy estimadas dentro y fuera de Italia.

CAPITULO I

PREPARACION AL BANQUETE DEL DIVINO AMOR

1. Misterio sorprendente

Ante todo es necesario que nos formemos una idea de lo que es el Banquete del Divino Amor: una idea clara y sencilla y la menos imperfecta que se pueda tener. Esto lo necesitan nuestras almas para que sientan hambre y sed de un bien tan grande.

El Banquete del Divino Amor es el Santísimo Sacramento, la Eucaristía, la Santísima Comunión: El Santísimo Sacramento que contiene el Cuerpo, la Sangre, el Alma, la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, quien se da en alimento de nuestras almas. Esto es una verdad que todos saben, hasta los niños; en la que sin embargo pocos ponen su atención, y pocos por lo tanto conocen su grandeza y valor. Consideremos, entonces, detenidamente esta verdad tan común y al mismo tiempo tan mal comprendida.

El Santísimo Sacramento contiene el Cuerpo del Salvador; quiere decir, aquella carne Santísima, que es la flor de la purísima sangre de la Virgen María, y que ni Ella tampoco era digna de albergar en sus entrañas enteramente pura. Contiene la sangre del Salvador de infinito valor y precio, por lo tanto una sola gota de ella bastaría y sobraría para salvar millares de mundos. Contiene aquel Cuerpo y sangre, uno y otra verdaderamente divinos, porque mediante la unión hipostática es cuerpo y sangre de la Persona Divina. Contiene el Alma del Salvador llena de gracia y verdad (Jo. I, 14); en la que se esconden los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. II, 3); descansa la plenitud de los dones del Espíritu Santo (Is. XI, 2). Gracia, tesoros y dones que no se concedieron sin medida, como conviene a un alma no simplemente humana, sino alma divina por la unión personal que tiene con el Verbo Eterno. Está finalmente en el Santísimo Sacramento el mismo Verbo Eterno, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, en la que subsiste la humanidad de Cristo, a saber, su Cuerpo, Sangre y Alma precisamente por aquella incomprensible unión personal, por la cual aun cuando en el mismo Jesucristo se hallen dos naturalezas, es sin embargo una sola persona, a saber, la Divina: y están asimismo en él, por la necesaria coexistencia con la segunda persona, es decir el Hijo, la primera y la tercera, es decir el Padre y el Espíritu Santo. He ahí lo que está en el Santísimo Sacramento; he ahí lo que quieren decir aquellas palabras: ***El Santísimo Sacramento contiene el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.***

El Santísimo Sacramento contiene por lo tanto el milagro más grande de la divina Sabiduría, Poder y Bondad: todo lo bello, todo lo bueno, todo lo grande de la criatura y del Creador, cuanto constituye la gloria, la bienaventuranza del Paraíso.

Después de lo cual deberemos confesar que no se pueden encontrar términos adecuados con que dignamente llamar la Santísima Eucaristía. ¿Llamémosla maná del cielo? es poco. ¿Llamémosla pan de los Ángeles? es poco. ¿Llamémosla arca del testamento? ¿Fruto del árbol de la vida? es poco. Repitamos entonces: no hay términos con los que pueda llamarse dignamente la Santísima Eucaristía.

Encontró Santa Teresa, que aunque pareciera raro, ni yo quiero decir que sea preferible a los demás, pero me parece muy a propósito considerando que la Santísima Eucaristía como el Banquete del Divino Amor; tal definición de la Santa es: ***La médula de las entrañas de Dios.*** La definición parecerá rara, pero ¿cómo podría expresarse mejor la sustancia, la profundidad, la ternura del Divino Amor que alimenta a nuestras almas con el sustento de la Eucaristía?

En verdad, las grandezas del Santísimo Sacramento por poco que se consideren, sorprenden en grado sumo; si la fe no nos obligase a creerlas, ¿quién las tendría como probables, solamente, más aún, como imaginables? Si Jesús quería dejar a los hombres una memoria de sí, memoria que juntamente fuese una gran merced ¿se hubiese debido dejar a sí mismo, y darse en alimento y bebida para incorporarse con nosotros como lo ha hecho? Una dignación, un amor tan excesivo ¿no es de todo punto sorprendente y no parece mas bien increíble?

2. Misterio creíble.

La misma fe sin embargo que nos obliga a creer en el gran misterio, casi nos resuelve el mismo misterio de tal manera, que lo vayamos a creer sin dificultad. Aquella fe que nos enseña que Jesucristo se da todo en alimento y bebida a nuestras almas, Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, nos enseña también que Jesús es no solo verdadero hombre, sino también verdadero Dios. Dios es infinito es sus perfecciones, por fortuna que podemos imaginarlas grandes, grandísimas, pero a pesar de todo esto, lo que podemos imaginar de las perfecciones de Dios, es como nada en comparación de lo que son realmente, quedando siempre una infinita distancia entre lo que tiene medida y lo que carece de ella; entre lo que es limitado y lo que no lo es; entre lo que tiene fin y lo que no lo tiene.

Nosotros bien podemos imaginar mil siglos, un millón de siglos, millones de millones de siglos, cuantos queramos: mas al fin entendemos muy bien que todos aquellos millones y millones de millones de siglos, comparados con la eternidad son como nada; pues aquellos millones tendrían fin, pero la eternidad quedaría siempre entera, como si entonces empezara. De la misma manera podemos imaginar todas las grandezas posibles de perfecciones y multiplicarlas a nuestro gusto; pero debemos reconocer después que todo lo que nuestra imaginación se forzase sería limitado y finito y que donde terminara la ficción, allí podría decirse que empieza lo infinito de las perfecciones divinas.

Cuando yo considero la infinidad de las perfecciones de Dios, y por consiguiente la infinidad de su sabiduría, de su poder, de su amor ya no hay obra divina que me sorprenda, aun cuando fuese la institución del Santísimo Sacramento. Digo entonces: aquí Dios obra como Dios y ¿qué maravilla que Él obre como tal? ¿Podrá nunca decirse que es obra increíblemente grande la obra de una bondad, que no sólo es grande y muy grande, sino que es además sin límites y sin fin? Así como para mí en mi nulidad es cosa sencilla y natural, dar a un pobre un pedazo de pan, es una cosa sencilla y natural que Jesucristo en la infinidad de su divina bondad de para sustento de nuestras almas su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad en el Santísimo Sacramento. Así como es cosa sencilla y natural que yo obre en cuanto soy y valgo, así también me parece muy sencillo y natural que Jesucristo obre como tal.

Esta reflexión que rompe y desata los nudos más fuertes contra los misterios divinos, que a veces nos parecen muy sorprendentes y hasta increíbles, porque estamos acostumbrados a medir a Dios y hablar de Él más bien humana que divinamente. Siempre se debe esperar de Dios cosas grandes y que excedan nuestra esperanza y deseo: porque nuestros pensamientos son pensamientos de hombres muy pobres y limitados de entendimiento y voluntad, y Él al contrario obra como Dios infinitamente rico y liberal, y como tal en sus dones es inefablemente pródigo.

De aquí queda allanada otra dificultad, que podría detenernos poco menos que la anterior. Por lo tanto no solamente nos maravilla que Jesús haya sido tan excesivo en sus dones dejándose él mismo para nuestro alimento espiritual todo cuanto es, Hombre-Dios, sino que casi de igual manera nos maravilla también que haya querido quedarse bajo especies tan usuales y comunes, cuales son en verdad las de pan y vino; y haya querido quedarse en las manos de hombres pecadores y en todas las iglesias y capillas de la cristiandad, aun en las más miserables y faltas de adornos y haya querido permitir que los hombres pecadores, con tal que no fuesen reos de pecado mortal, pudiesen aún todos los días alimentarse de su carne adorable.

Parece que queriendo quedarse en el Santísimo Sacramento debiera haberlo hecho en un solo lugar de la tierra ordenando que el Santísimo Sacramento no fuese administrado sino por su Vicario, el Sumo Pontífice, y que ningún hombre lo pudiese recibir sino una sola vez en la vida, después de una larga preparación de vida santa. Esto es tan verdadero que nos parecen casi dignos de compasión aquellos rigoristas que tan difícilmente conceden la comunión a los miserables hijos de Adán, no queriendo que se acerquen a ella sino raras veces y con todas aquellas disposiciones de santidad que ellos pretenden. Ellos se equivocan. Jesucristo se quedó no tan sólo en las manos de tantos pobres pecadores como lo son todos los sacerdotes, y en todas las iglesias y capillas aun las más pobres, sino quiso además quedarse para nuestro sustento cotidiano, a fin de que nos pudiésemos alimentar todos los días, cuando estuviésemos en estado de gracia. Verdad sumamente maravillosa que excede toda nuestra inteligencia.

Más por ser muy ignorantes, ¿quisiéramos prescribir y asignar límites a una Bondad infinita? ¿Con qué razón ante el dictamen de nuestra escasez y nulidad nos atrevemos a mirar como excesos las obras de la divina Bondad y llamar por nuestra ignorancia excesiva, cuanto Ella obra así? ¿No ha querido acaso nuestro Señor prepararnos el Banquete del Divino Amor?, Divino Amor ¿no quiere decir: Amor infinito? Entonces ¿podrá encontrarse algo que verdaderamente sea excesivo para un amor infinito? Podrá encontrarse excesos para un amor limitado, pero no para un Amor infinito.

3.- Las grandes obras del amor.

Grandes son las obras del amor, aunque limitado, que aun haciendo grandes cosas le parece que hace siempre poco. Tenemos innumerables pruebas de esta verdad en los Santos, cuyo amor era limitado y sin embargo que llevados y transportados ellos por el amor, mientras hacían cosas grandísimas por su amado, les parecía haber hecho poco. ¿Que no hacían los santos por amor a Dios? Sacrificar sus vida por Él, sacrificarla en los atroces tormentos de los martirios y sacrificarla siempre con el mayor gusto y gozo cuanto más atroces fueran los tormentos; alegres doblegaban la cabeza bajo el hacha del verdugo; o ser devorados vivos por las fieras o consumidos por un fuego lento, Otros, que no tenían ocasión del martirio, transportados por la fuerza del amor de Dios, iban al desierto para comer raíces y yerbas crudas y alojarse en las cuevas y guaridas de los bosques a semejanza de las bestias; muchos de ellos no obstante de que estaban acostumbrados a una vida cómoda y delicada. Otros se encerraban en claustros, donde los ayunos, las vigiliass y flagelaciones voluntarias eran incesantes, donde el vestido era un cilicio, y el descanso sobre las piedras o tablas rotas era un tormento. Otros, desprovistos de viático entre los hielos del septentrión, ya bajo los ardores del mediodía, atravesaban desiertos, surcaban mares para esparcir la luz de la fe entre los pueblos más salvajes. Todas estas eran cosas grandes y sorprendentes y sin embargo llevados por el amor de Dios las obraban con la mayor facilidad, con el arrojode del afecto, mientras les parecían hacer siempre poco por su amado Señor y deseaban, si les fuera posible, hacer más de lo que hacían. Pues bien, si un amor limitado como el de ellos podía tanto, ¿qué no podrá hacer un amor infinito?

Entonces ¿qué maravilla que en el Banquete preparado por el Divino Amor, amor que no tiene límite o fin, se nos de como alimento el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, es decir, todo cuanto es nuestro Señor Jesucristo?

Y ¿qué maravilla que para este fin se haya dignado quedarse en las manos de los pecadores, en todas las iglesias y capillas de la cristiandad y permita a los miserables se acerquen a el lo hospeden en su seno, si quieren, todos los días, como su pan cotidiano, no exigiendo más que la inmunidad del pecado mortal, condición a la que no hubiera podido renunciar Jesús, como dijimos, sin ofender a su infinita santidad y renegar de ella?

4.- Cristo a los hombres

Me parece ahora ver a Jesucristo allá en la última cena, cuando instituía la Santísima Eucaristía, encendido el rostro y palpitante el corazón de inmenso amor, que hablase a los hombres así: "Hombres, a quienes yo tanto amé hasta bajar por ustedes a esta tierra y hacerme hermano de vosotros, para que pudiesen ser hijos de mi Padre Divino y subir al cielo; hombres, por quienes dentro de pocas horas comenzaré a sufrir una dolorosa pasión, por quienes mañana sacrificaré mi vida sobre una cruz; hombres, antes de cumplir cuanto he determinado hacer por amor a ustedes, quiero dejarles una prenda perenne de mi amor; y prenda tal que sin mi ayuda ustedes no serian capaces de creer, virtud que infundiré en sus corazones. Esta prenda de mi amor será un Banquete perpetuo que yo ahora les preparo y durará hasta la consumación de los siglos; Banquete cotidiano, del que todos podrán participar grandes y pequeños, ricos y pobres, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, honrados y envilecidos, amos y esclavos, sanos y enfermos, inocentes y pecadores, con tal que en el acto de presentarse a este Banquete no sean enemigos míos y rebeldes por el pecado mortal. En este Banquete no se servirán los más exquisitos manjares que podrían aparejar los más grandes de la tierra y ni aun los Ángeles del cielo; aquí no tendrán tampoco el alimento más substancioso, más sabroso, más dulce y más saludable que podría crear mi omnipotencia, sino que este Banquete se le preparará con mi misma carne y con mi misma sangre, que tomé un día en las entrañas purísimas de mi Madre, la Virgen María. Mi alma, mi Divinidad, Yo mismo me constituyo en este Banquete comida y bebida para ustedes. Mi Sabiduría es infinita; con todo no sabe dar otra prenda igual de amor; es infinito mi poder, es infinita mi bondad; no obstante no puedo, ni es posible que pudiera darles otro don que se le pueda comparar. Ningún hombre se hubiera jamás imaginado que yo le pudiera dar tan grande prenda de amor! pues vuestra mente es demasiado pequeña para comprender la infinidad de mi amor. Este sin embargo será el Banquete de mi Divino Amor, que ahora les preparo, y dejaré a ustedes preparado hasta el fin de los siglos.

CAPÍTULO II

DE LOS BIENES QUE SE SACAN DEL BANQUETE DEL DIVINO AMOR.

No cabe duda que Jesucristo dejando a los hombres una prenda tan grande, incomparable, incomprensible de su amor en la Santísima Eucaristía, haya querido colmar a los hombres de tan excelente bien. La divina Sabiduría no hubiera podido hacer obra tan excelsa sin un fin sublimemente grandioso.

Aquí hemos de ver otras maravillas, que por poco que se consideren, nos deben llenar nuevamente de admiración y estupor; estas son las maravillas que produce en nuestras almas el Santísimo Sacramento. Estos efectos los ignoramos: raramente y tal vez nunca los consideramos como conviene y a fin de conocer su preciosidad e importancia. Attendamos pues con calma la dilucidación de los mismos.

1. Primer efecto de la Santísima Comunión: la Gracia santificante.

El primer efecto de la Santísima Comunión es el aumento de la gracia santificante. Pero ¿qué es la gracia santificante? A tal pregunta tantos cristianos responderían con el silencio, pues no sabrían decir nada. Ella es el mayor tesoro con que pueden enriquecerse nuestras almas; tesoro, cuya comparación con cualquier otro tesoro espiritual puede decirse que este pierde toda su estima y preciosidad, porque ella sola puede enriquecer las almas con verdadera riqueza, sin la cual estarían siempre en suma miseria, aun cuando Dios sobre ellas vertiese la abundancia de todos sus demás dones. Si, El, por ejemplo, diese a un alma la fe tenía el patriarca Abraham; la esperanza que tenía el profeta Moisés; la confianza que tenía Judit; la paciencia que tenía Job; la mansedumbre que tenía David; la castidad que tenía Susana; el celo por la gloria divina tenía Elías; la fortaleza de espíritu de los Macabeos; la gracia de obrar milagros de los Apóstoles; si esta alma careciese de la gracia santificante, viviría en suma pobreza, en estado miserable y deplorable; pues las almas faltas de la gracia santificante están por lo mismo en estado de pecado mortal, que es como decir, esclavas, verdaderas hijas del demonio: *Vos ex patre diábulo estis (Io. VIII, 24)*; merecedoras a cada instante de ser precipitadas a la eterna condenación. Tales serían las almas privadas de la gracia santificante, aunque estuviesen llenas de la abundancia de todos los demás dones de Dios.

2. En qué consiste la gracia santificante.

Luego ¿qué es la gracia santificante?. La gracia santificante, que también se llama gracia habitual, es un don sobrenatural de Dios, permanente e inherente a nuestras almas por manera de hábito, en fuerza de la cual el hombre es justo y amigo de Dios, y por lo tanto hijo adoptivo de Dios, hermano de Jesucristo y heredero del Paraíso.

Esta gracia santifica las almas haciéndolas verdaderamente santas ante los ojos de Dios. Y es de notar que no sólo santifica las almas justas aquí en la tierra, sino que santifica también a los mismos bienaventurados allá en el cielo. Si ellos son santos, lo son precisamente por esta gracia de la que están adornados, y la misma Virgen María, Reina de los Santos, es Santa por esta gracia.

3. Gran belleza que da al alma la gracia santificante.

Esta gracia da al alma una gran belleza, por que es una participación de la naturaleza divina; de suerte que, según dice Santo Tomás de Aquino, lo que en Dios es sustancialmente por su esencia, sucede accidentalmente con el alma por la participación divina: *Id quod est substantialiter in Deo, fit accidentatiter in ánima participante divínam bonitátem. (1. 2. p. q. CX. a. 2. ad 2.)* Es tal esta belleza que Dios mismo queda enamorado, como se ve allá donde dice al alma adornada con ella: *¡Que hermosa eres, amiga mía! ¡que hermosa es! (Cant. IV, 1).* Entonces como dice el Ven. P. Ségnéri, para comprender cual es la belleza de esta alma sería necesario conocer vivamente la belleza del rostro divino, cuya copia es ella. (*Crist. instr. p.II. raz.8.*)

4. Inmensa riqueza que da al alma la gracia santificante.

Siendo entonces esta belleza una participación de la naturaleza divina, no puede ser una belleza estéril y vana, como suelen ser las de este mundo; sino que está unida a tanta riqueza y abundancia de bien, que es por sí misma un tesoro inapreciable. De esto nos convenceremos fácilmente atendiendo a lo que enseña Santo Tomás, a saber, que la gracia santificante no es sino un principio de la gloria (2.2. p. q. XXIV. a. 3. ad 2.) De modo que entre la gracia que nos hace hijos de Dios en esta tierra y la gloria que nos hace bienaventurados en la vida eterna, pasa la misma la diferencia que hay entre la flor y el fruto: luego quien posee la gracia santificante, posee, por decirlo así, el paraíso en flor. Antes, como dice el citado Doctor Santo Tomás, la luz misma de la gloria, aquella luz, mediante la cual los santos en el cielo ven claramente a Dios como es en sí mismo, cara a cara; no es otra cosa que la gracia santificante llega a su total complemento. (1. 2. p. q. III. a. 7. ad 2.).

El Apóstol y Evangelista S. Juan llega a llamar a la gracia santificante una semilla de divinidad: (1. Jo. III. 9.). Levanta por consiguiente el alma sobre todo orden natural y la exalta a un orden divino. Y esto se prueba también por las palabras de Cristo a su Padre divino, (Jo. XVII, 22.); como si dijese: Yo he dado a mis fieles aquel esplendor de dignidad que el Padre me dio a mí; como el fuego pudiera decir al hierro candente: yo te di mi candencia nobleza, haciéndote participante de una grandísima semejanza conmigo, porque aunque eres hierro no te asemejas a otra cosa más que al fuego.

Por esta manera comunicándonos Dios su gracia, nos comunica su divina naturaleza tan excelsamente, que si bien el alma no deja de ser cosa creada, se transforma en el mismo Creador, al que se asemeja como el hierro encendido se parece al fuego mismo.

Por tanta belleza, riqueza y dignidad que lleva consigo la gracia santificante, las divinas Escrituras llegan a llamar con el nombre de Dioses a los hijos de Dios. (Ps. I. XXXI, 6.)

5. Seguridad de eterna salvación que acompaña a la gracia santificante.

Después de todo esto no será necesario notar que el hombre adornado y enriquecido con esta gracia, viniendo a morir, es imposible que se condene; pues como es imposible para el demonio llevar al infierno un alma que ya está en el cielo en estado glorioso, así es igualmente imposible llevar al infierno un alma que sale de este mundo en estado de gracia.

Pero tal vez me dijeren que la digresión fue un poco demasiado larga y que por hablarles de la gracia santificante, me he olvidado hablarles del Santísimo Sacramento: con todo esto me consuelo que si fue un poco larga, no fue menos importante, teniendo razón en repetir que hay un crecido número de cristianos que ignoran lo que es la gracia santificante. Para muchísimos la gracia es verdaderamente un tesoro escondido, que, porque no lo conocen, no pueden apreciar. Por consiguiente era necesario dar una idea, como se pudiese, completa para que nadie que tenga entre manos "el Banquete del Divino Amor" ignore el gran tesoro, que esto es; cuyo conocimiento por otra parte es indispensable, si se quiere entender la preciosidad del primer efecto de la Santísima Eucaristía.

6. La gracia santificante es capaz de un continuo aumento.

La gracia santificante es un tesoro que admite continuo aumento, como es propio de todos los tesoros que siempre pueden aumentarse con nuevas riquezas que se les añaden. Es dogma de fe definido en el Concilio de Trento que los justos, es decir aquellos que tienen el alma sin el pecado mortal con sus buenas obras merecen el aumento de la gracia santificante que ya poseen (Sess. VI, c. 22.). Por lo tanto, las almas buenas, limpias de pecado mortal, con el ejercicio de las virtudes cristianas adquieren nuevos grados de la misma gracia. Si rezan, si dan limosna por amor a Dios, si se ejercitan en los actos de fe, esperanza, caridad, paciencia, castidad, etc., si oyen la Santa Misa, si reciben los Santos Sacramentos, crece en ellas la gracia santificante. Y es muy digno de notarse, que a los grados de gracia adquiridos en la tierra corresponderán después los grados de gloria que tendrán en el cielo de modo que si ustedes aquí acumulasen un tesoro de gracia santificante como lo ha acumulado San Juan Bautista, serían después iguales a él en la gloria.

7. A los grados de gracia y gloria corresponde la eterna complacencia de Dios en sus santos

Es también digno de notarse, que la medida de los grados de gracia adquirida en la tierra es, por consiguiente, la medida de gloria obtenida en el cielo. Los santos darán gusto y complacencia a Dios por toda la eternidad; de manera que quien al morir tuviera cien grados de gracia, después daría a Dios cien grados de gloria por toda la eternidad: es decir, un gusto y una complacencia diez veces mayores que otro que muriendo tuviera tan solo diez grados de gracia y después tan solo diez de gloria. Por consiguiente a la medida de los grados de gracia santificante que ahora ustedes ganasen correspondería a la consolación que darían ustedes al Señor por toda la eternidad. Pues bien, si quieren dar al Señor el consuelo y disfrutarlo juntos por toda la eternidad, adquieran entonces muchos y muchos grados de gracia santificante. Esto, y permítanme hablar así, es el paraíso del paraíso; el gozo que prueban los santos por el gusto, complacencia y consolación que dan a su Señor, y que no les importa tanto su propio gozo, sino la complacencia que tiene Dios en su eterna felicidad. Entonces si ahora tuvieran más grados de gracia, no solo tendrían después en el cielo mayor gozo, sino que lo tendrían más grande, el Señor para ustedes, complaciéndose tanto más en ustedes cuanto mayor fuera sus regocijos. Por esta consideración, almas piadosas, veo que sus corazones saltan de júbilo, pensando que está en sus manos el multiplicar la complacencia que tendrá el Señor en ustedes por toda la eternidad.

8. La Santísima Comunión es el medio más eficaz para el aumento de la gracia santificante.

He aquí el medio más eficaz para aumentar la gracia santificante, por consiguiente la gloria y finalmente la complacencia de Dios.

Es dogma de fe que todos los sacramentos que las almas justas reciben aumentan en éstas la gracia santificante, y la aumenten más que todas las demás obras buenas que las almas justas pueden hacer. Y sin duda se sabe que entre todos los Sacramentos, la Santísima Eucaristía la aumenta con mayor abundancia. Por lo tanto no solo es canal de la gracia como los demás, sino que además tiene en sí el mismo autor de la gracia, Nuestro Señor Jesucristo, quien la vierte de los cinco ríos de sus adorables llagas.

He aquí por lo tanto que el medio más eficaz para adquirir el mayor aumento de la gracia santificante es la Santísima Comunión. Luego si ustedes deseasen aumentar mucho en la vida presente y en sus almas esta gracia tan preciosa, y de tanto valor y tanta beatitud en la vida futura, acérquense con frecuencia a la Mesa del Señor.

9. La Santísima Comunión es el medio más eficaz para acrecentar el amor de Dios

Quiero también que noten otra verdad para ustedes muy consoladora; es esta: que el amor de Dios siempre se encuentra en el alma en grado correspondiente a la gracia santificante, con la que es enriquecida y adornada el alma; de manera que los grados de la gracia santificante que existe en ella corresponden los grados del amor a Dios. Se manifiesta que a medida que aumenta la gracia santificante, que reciban en la Santísima Comunión, corresponde la medida de caridad divina que se infunde en sus corazones. Y por lo tanto como no hay medio más eficaz para acrecentar en ustedes la gracia, no puede tampoco haber medio más eficaz para acrecentar la caridad.

¡Oh almas! que lamentan la tibieza en el amor de Dios, anhelando convertirse en fervientes enamorados, vengan, vengan al Banquete del Divino Amor y estén seguros que ustedes beberán aquí el agua refrigerante de la gracia y se acrecentará en ustedes el feliz ardor del amor de Dios.

Y ¿no quisieran ahora, almas piadosas, que sobre todo busquen al divino amor en su Banquete, no quisieran que dijese algo más en particular; de manera que creciendo en su conocimiento, crezcan también en su deseo? Yo estoy convencido de que será grato que yo les hable del amor de Dios para que lo conozcan y aprecien mejor.

10. ¿Qué es el amor de Dios?

El amor de Dios en sí no es otra cosa que la conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios, de modo que si nosotros aceptamos lo que Dios quiere, tenemos el amor de Dios. El cristiano cuando acepta lo que Dios quiere, de manera que esté dispuesto para cualquier sacrificio, antes de darle disgusto con el pecado mortal, y eso por el amor que tiene por la infinita bondad divina, entonces posee el amor de Dios, y lo posee perfecto en su especie, aunque sea todavía imperfecto en su modo. Cuando llegase a tal disposición de ánimo que quisiera más bien encontrar cualquier sacrificio, antes que cometer advertidamente aunque solo un pecado venial, entonces el cristiano posee el amor de Dios perfecto, no en su especie tan solo, sino también en su modo, porque la voluntad del cristiano es entonces conforme a la voluntad de Dios, como mejor puede serlo. Entonces el cristiano está dispuesto a encontrar cualquier sacrificio antes que dar a Dios el mínimo disgusto, también está preparado a encontrarlo, de modo que pueda dar el mínimo gusto que Dios pida. Ciertamente esta es ley invariable del amor, estar listo para todo sacrificio, con tal que pueda impedirse el disgusto al Amado, o se le pueda procurar algún gusto. El amante no vive para sí sino para el amado y no tiene voluntad sino para él.

Por lo cual el perfecto amante de Dios no es aquel que tiene voluntad en sus propios gustos o disgustos que de nada le interesa, sino que tiene voluntad para los gustos o disgustos de Dios, los que tan sólo aprecia; aborreciendo únicamente éstos y deseando aquéllos. Entonces de dos voluntades, humana y divina, se hace una sola, en cuanto que la humana no quiere sino lo que quiere la divina, y queda así ennoblecida y santificada.

Oh! Almas que aman la verdadera nobleza y la verdadera santidad, atiendan a esto: el perfecto amor los santifica con santidad de Dios. Mediante el perfecto amor de Dios se verifica en ustedes lo que falsamente había prometido el demonio a nuestros primeros padres: Serán como Dioses: *Eritis sicut Dii* (*Gen. III, 5*); pues en verdad el perfecto amor de Dios les regala la nobleza y santidad propias de Dios.

11. Qué amor de Dios se necesita para borrar del alma los pecados mortales.

Quizás me preguntareis si para tener el amor de Dios es necesario tenerlo tan perfecto de manera que estemos preparado para cualquier sacrificio, mas bien dar a Dios el mínimo disgusto o también darle cualquier mínimo placer que El quiera de nosotros. La sagrada doctrina si no es teológica es falsa; y exponiéndola no debe seguirse al corazón conmovido, sino más bien a la mente iluminada por el buen espíritu. Es de notar por lo tanto, como ya lo hemos indicado, que el cristiano que por la estima que tiene de Dios está preparado para cualquier sacrificio antes que ofenderlo con el pecado mortal, tiene el perfecto amor de Dios; aquel perfecto amor de Dios que no puede estar en el alma con el pecado mortal y que donde esté lo borra inmediatamente en fuerza del voto o del deseo del Sacramento de la Penitencia que encierra en sí el mismo amor. Por lo tanto si el cristiano que se encontrase en pecado mortal, y le dijese a Dios, "Señor, porque eres infinita bondad, te amo sobre todas las cosas y estoy preparado a sufrir cualquier mal antes que ofenderte con una culpa grave"; tendría entonces el amor de Dios perfecto en su especie y este acto de amor de Dios borraría de su alma cualquier pecado y cualquier número de pecados mortales; los cuales a su tiempo debería confesar, para cumplir con el precepto divino de la confesión. Y este acto de amor borraría todos sus pecados, de manera que esos mismos, no podrían ya bajo ningún aspecto volver a manchar el alma; de suerte que si después de aquel acto de amor, mudase su voluntad y dijese: Ya no quiero confesar mis pecados; por tan mala voluntad recaería en seguida en pecado y en desgracia de Dios; pero aquellos otros pecados ya borrados en virtud de aquel acto de amor, no podrían volver a agravar su alma, y si muriese en tal estado se condenaría por este último pecado; y por los anteriores ya borrados, aunque no confesados, no sufriría los eternos suplicios. ¿Ven entonces qué fuerza tiene el acto de amor de Dios aun en su primer grado de perfección? Noten entre tanto que no es esta doctrina de algún teólogo, sino de todos los teólogos, los que tienen a la cabeza a Santo Tomás de Aquino. Y esta doctrina se revela también de la condena de las proposiciones 32 y 70 de Bayo: quien asegura que alguna vez la caridad perfecta podía estar en un alma juntamente con el pecado mortal: doctrina impía y al propio tiempo contradictoria; porque supone poder verificar que un alma sea en el mismo instante objeto de amor y objeto de odio ante los ojos de Dios. Y noten además que se explica muy mal algún catecismo que dice que el acto de amor de Dios o también de contrición (que para nuestro caso es lo mismo) borra los pecados solo cuando el cristiano no tenga confesor, a quien lo pueda confesar, es decir en caso de necesidad; sería esta una doctrina muy

inexacta, porque si es verdad que el acto de amor de Dios, o de contrición, borra los pecados en caso de necesidad, también es verdad que los borra siempre, aunque fuera en caso de necesidad, a pesar de que se tuviesen no uno solo, sino diez confesores a quienes acusarse enseguida. Esta doctrina la creía tan importante el gran misionero S. Leonardo de Puerto Mauricio, que no omitía nunca de inculcarla en todas sus exhortaciones y instrucciones al pueblo. Perdónenme, o mejor, agrádzcanmelo si he procurado desmenuzarla para que la entendieran bien. El Señor, es verdad, nos ha dejado la confesión sacramental, mediante la cual pudiésemos obtener el perdón de los pecados mortales, y hasta que no se confiesen queda siempre la obligación de confesarlos; pero nos ha dejado también un medio más pronto y expedito, con el cual podamos en cualquier instante borrar de nuestra alma los pecados, mil y cien mil que fuesen, a saber, el acto de amor de Dios y el de contrición que es su efecto.

12. Hasta dónde llega el perfectísimo amor divino.

El amor de Dios tal cual lo hemos explicado hasta aquí, es amor perfecto en su especie, es decir perfecto por su naturaleza; pero no lo es, como decíamos, en el modo, porque puede crecer y llegar a una perfección mucho mayor, lo cual sería, si el cristiano, por el amor que tiene de la divina bondad, estuviese pronto para cualquier sacrificio, antes que dar a Dios el mínimo disgusto y también para darle el mínimo gusto, que conozca que quiere Dios de él. Hay muchas cosas, que sabemos que Dios quiere como las oraciones, los ayunos, las limosnas; pero no sabemos a lo mejor si Dios quiera de nosotros aquella oración, aquel ayuno, aquella limosna, y por lo tanto el amor de Dios, el más perfecto, no nos exige todas las oraciones, ayunos y limosnas posibles, sino tan sólo aquello que con un evidente motivo y consejo de nuestro director espiritual nos hace conocer lo que agrada a Dios para poder realizarlo. En la duda si Dios quisiera de nosotros alguna obra buena, tampoco el perfectísimo amor de Dios nos la solicita: porque sino estaríamos siempre entre las angustias de no cumplir la voluntad de Dios. Y esta, también es doctrina de Sto. Tomás que enseña que solamente estamos nosotros obligados a hacer la voluntad divina cuando se conoce como tal a nuestra mirada.

Ciertamente debemos aspirar a este amor perfecto; y este es el amor que recibiremos de la frecuencia al Banquete del Divino Amor. El perfecto amor en su especie es necesario aun antes de la comunión a fin de que no sea sacrílega; y lo sería si advertidamente comulgáramos careciendo de la gracia santificante, porque con esta tan solo está el perfecto amor de Dios, que sin la cual no podría subsistir la misma gracia.

13. El perfectísimo amor divino será fruto de la frecuente Comunión.

Oh almas que ya aman a Dios que también lamentan la tibieza, acérquense con frecuencia a la Mesa del Señor, y adquirirán el deseado fervor, y llegaran al perfectísimo amor de Dios. Reflexionen, que cuando comulguen ponen el Corazón de Jesús cerca del de ustedes. No su imagen o representación, sino su Corazón vivo y verdadero, entonces a los latidos suyos, le corresponden los del Corazón de Jesús. Pero bien, si con frecuencia, si todos los días pusiesen aquella hoguera de inmenso amor divino cerca de sus corazones, éstos se encenderían. Y en verdad ¿cómo fuera posible que quedase siempre tibio, puesto continuamente en contacto con incendio tan inmenso?

14. Segundo efecto de la Santísima Comunión: fuerza para resistir a las tentaciones

Es grande la debilidad humana, se ven y se sienten sin medida ni número las deplorables consecuencias, ¡Qué fácil es condescender a las tentaciones de nuestros grandes enemigos, que son el demonio, el mundo y la carne! El demonio, como lo advierte S. Pedro, siempre nos rodea como león rugiente, para devorar nuestras almas. De día y de noche con sus malas sugerencias urde asechanzas para hacerlas su presa. El mundo con sus malos ejemplos, perversiones máximas y seducciones, siembra de escándalos el camino de la salvación; qué milagro si entre tantas dificultades no caigamos a cada paso cansados y desfallecidos.

La carne: si los otros dos enemigos son terribles esta es la más formidable. La pobre alma no solo la tiene siempre consigo, sino que es una sola cosa con ella, porque alma y cuerpo

constituyen el hombre. ¡Ay! ¡Qué enemigo es este, al que la pobre alma está tan vinculada! El hecho es que entre cien derrotas, noventa por lo menos las sufren las pobrecitas almas de este enemigo. No cabe duda, ni es exageración: entre cien pecados mortales que se cometan, noventa son de sensualidad.

Es verdad que la gracia del Salvador nos da vigor en estas peleas, y que fortalecidos por esta gracia, con tal que queramos, podemos vencer a estos terribles enemigos; pero precisamente tenemos necesidad de la gracia del Salvador. Porque esta gracia que nos fortifica para que salgamos victoriosos de estas batallas, se nos comunica en una manera especial por el Santísimo Sacramento, según la doctrina del Concilio de Trento que llama a la Santísima Eucaristía: *Antídoto que nos libra de los pecados veniales y no preserva de los mortales* (Sess. XIII, cap. 2) He aquí el segundo efecto de la Santísima Comunión; ella nos preserva de los pecados mortales: nos da la fuerza o sea la gracia oportuna para vencer las tentaciones de nuestros enemigos y conservarnos en la amistad divina; es decir nos da la fuerza para que custodiamos el gran tesoro de la gracia santificante: por eso, mientras el Santísimo Sacramento aumenta la gracia en nuestras almas en mayor abundancia que los demás sacramentos, nos da también poderoso auxilio para conservarla, a fin que no nos prive de ella aquel mal horrible, que el único que puede privarnos de ella: el pecado mortal.

15. Preciosidad de este efecto.

La preciosidad de este efecto no se podrá estimar en lo que vale para aquellos cristianos, que increíblemente irreflexivos, o más bien ciegos e insensatos no conocen o no hacen caso del mal más espantoso que es el pecado mortal, y viven con el alma manchada de cien o mil pecados de esta clase, indiferentes para multiplicarlos por cualquier capricho que les pase por la mente. Estos cristianos no pueden ciertamente estimar la preciosidad de este segundo efecto: el Santísimo Sacramento. Pero ustedes, almas piadosas, que otro mal no temen sino caer en la enemistad de su Señor Dios y por esto viven atentas y temerosas de sus enemigos, que día y noche tientan sus debilidades con gran riesgo; ustedes, almas piadosas, a quienes el solo nombre de pecado mortal espanta, sin duda aprecian muchísimo este segundo efecto de la Santísima Comunión.

16. Árbol de la vida.

Ella es en verdad el fruto del árbol de la vida, que daba la inmortalidad al hombre inocente en el paraíso terrenal. La Santísima Comunión acrecienta de día en día la vitalidad del alma cristiana y la preserva de la verdadera muerte que es el pecado mortal. El fruto del árbol de la vida en el paraíso debía conservar al hombre la vida en esta tierra, hasta que sin morir pasara a gozar de la vida eterna en el cielo. La Santísima Eucaristía conserva al alma la verdadera vida que es la gracia santificante, hasta que por la muerte del cuerpo, pase a la vida de gloria, que es la clara visión de Dios y de su amor en el paraíso celestial.

17. Preserva de la muerte que viene del demonio.

Ustedes entonces, almas piadosas, que sobre todo estiman la gracia santificante y más que ningún otro mal temen al pecado, vengan, vengan al Banquete del Divino Amor; aquí tienen el verdadero árbol de la vida: la muerte del pecado estará lejos de ustedes. Partiendo de este Banquete serán robustecidas con tanta fuerza vital que no temerán mas al adversario de ustedes, el demonio; porque es león contra los cristianos débiles e indefensos, que viven lejos de la Sagrada Mesa; para éstos es león rugiente y los devora, según la citada frase de S. Pedro. Pero es *mosca*, porque otra cosa no significa Belcebú, como lo indica la versión de los LXX (*A Lap. in Math X, 25 et IV Reg. I, 2*); es mosca para los cristianos confortados con la Santísima Comunión; por lo tanto así como no debe temerse una mosca, así para ellos no es digno de temor el demonio. Para ellos no es león terrible; más bien, según dice S. Juan Crisóstomo, se hacen ellos fuertes e invencibles como leones en la pelea. Vengan entonces, vengan al Banquete del Divino Amor; y todos los demonios cuando los tienen no serán más que un enjambre de moscas, de las que únicamente puede temerse poco fastidio.

18. Preserva de la muerte que viene del mundo.

No deben temer más a otro de sus enemigos que es este mundo verdaderamente ridículo, sea que encante y arrastre, sea que atemorice a los incautos cristianos con sus seducciones, malos ejemplos y torcidos pensamientos. Es ciertamente ridículo este mundo si se considera su vanidad; porque no presenta a sus amadores y admiradores sino bagatelas y chucherías empezando desde los niñitos de pecho, y llegando hasta los más celebrados monarcas. La sabiduría de S. Agustín veía claramente esta verdad. Bagatelas tiene el mundo para los niños, bagatelas y solo bagatelas para los viejos y los grandes, aunque para estos cambie el nombre a la cosa, llamando a las bagatelas que a estos pertenecen, no ya bagatelas, sino negocios. En efecto, como los niños dan importancia al juguete, a la pelota, al tejo, a la manzana a la pera y a la rosca; así las personas mayores dan importancia a los teatros, a la lujosa comodidad, a las empresas lucrativas, a las invitaciones y espléndidas cenas reales, a las adquisiciones de territorios, a los cetros y coronas. Estas cosas son todas vanidades, como dice la sabiduría, que ordinariamente entretienen sin provecho a los hombres maduros, que ya deberían tener juicio, como las anteriores chucherías llaman la atención de los niños que no pueden tener juicio todavía por su edad. Y tanto más justo se conoce que es este pensamiento de S. Agustín si se considera que al igual que sería tiempo perdido el persuadir a los niños de que sus bagatelas no tienen importancia para que ellos se alegren si se las dan, ni que lloren, giman y se alboroten si se las quitan; otro tanto sería querer persuadir a los grandes de que sus bagatelas, que llaman negocios, no tienen sustancia, ni merecen que ocupen en ellas todos sus pensamientos, ni que se alegren si les salen bien, ni que se aflijan o lloren y desesperen, si les sale mal.

¡Que linda es la estrofa de Matastasio, puesta en boca de los ángeles que hablan a los hombres!

*Vosotros allí abajo reis
de un niño que llora,
porque conocen la causa
de su tonto dolor:
De ustedes aquí se ríe,
porque al acabarse sus vidas
canos ya todos
son niños todavía.*

Es la paráfrasis del texto de S. Agustín. Los grandes aquí se divierten con sus negocios, como los niños con sus bagatelas; los unos y las otras para la eternidad, a la que estamos llamados, tienen ninguna importancia: pero los hombres no se dan cuenta de ello hasta cerrar los ojos a la luz del mundo y abrirlos a la de la eternidad: ven entonces que tanto valía el juguete como la pelota, tanto la casa de cartón como el palacio, tanto el juguete como el cetro

Este mundo es verdaderamente ridículo; para necios amadores es formidable enemigo, y sus almas todos los días reciben de él graves y numerosas derrotas. No sucede así a los buenos cristianos, que tienen el don de la verdadera sabiduría, porque la conocen y saborean las cosas según son en sí mismas, como dice S. Bernardo: Para el que tiene este don *omnia prout sunt sapiunt*. Conocen ellos a fondo la ridiculez de todas las cosas mundanas; experimentan en sí sentimientos de compasión y no de estima, hacia aquellos que las siguen: por lo tanto no hacen caso de las malas costumbres del mundo, de sus seducciones y falsas doctrinas: y así no temen aquellas armas de que se sirve el mundo para hacernos guerra.

Ahora bien, es indudable que la verdadera sabiduría se adquiere en el Banquete del Divino Amor; Banquete preparado por la eterna sabiduría, conforme está escrito: *Propósuit mensam suam, (Prov, IX. 2): Venite, comedite panem meum, bibite vinum quod miscui vobis (Ib. IX, 5)*. Aquí se adquiere aquel sentido espiritual por el que se saborean las cosas como son, tanto las eternas, como las temporales. En este sentido y conocimiento el hombre no puede tener sino aprecio por las primeras y desprecio para las segundas. Por lo tanto el mundo no puede encantarle, atraerle o espantarle con ninguna de sus vanidades.

Ustedes entonces, almas piadosas, que desean estar atentas contra todas las tentaciones de este, otro enemigo suyo, que es el mundo, vengan, vengan al Banquete del Divino Amor; aquí llenarán el espíritu de ustedes de aquella verdadera sabiduría que les hará conocer plenamente la vanidad de todas las cosas de aquí abajo, y una vez conocidas el mundo no tendrá ya armas útiles contra ustedes; será un enemigo de burla, el que se desprecia y nadie teme. Verán los malos ejemplos del mundo y les causarán asco; rechazarán sin dudas sus seducciones, no admitirán

sus falsas doctrinas, y, si por casualidad sucediera, como alguna vez pasa, que para atemorizarnos, usasen amenazas, se reirán de ellas, conociendo su impotencia además de su vanidad.

19a. La Santísima Comunión preserva de la muerte que viene de la carne.

El tercer enemigo, el más bravo e implacable en sí, es la carne. Verdaderamente este enemigo afligía a veces a los santos más insignes y más que el demonio y el mundo le declaraba sin cesar una dura guerra. En verdad todo hombre que vive en el mundo considerando el gravísimo peligro en que está día y noche debe decir como David: "*Por un solo paso yo y la muerte estamos separados*"; porque es mucha verdad que, especialmente por los ataques de este enemigo, el hombre, de un momento a otro, puede caer en pecado, que es la muerte del alma. Este pensamiento espanta: pero animémonos, entonces en el Banquete del Divino Amor el hombre recibe energía y fuerza singular contra esta tentación, por eso debilita y desarma al más temible de los tres enemigos.

19b. La Santísima Comunión quita la fuerza a este enemigo.

De hecho, la virtud del Sacramento, enriquece al alma de tal manera de poder superar sin dificultad las tentaciones. Si de verdad, esto es un enemigo poderoso, mucho más poderosa es la gracia que transmite la Santísima Eucaristía. Pero no obstante sea una cosa poco considerada y poco notada merece una gran consideración porque es sumamente buena. Es la Carne Inmaculada del Salvador, fruto de las entrañas puras de María Virgen, que recibimos en la Santísima Comunión purifica el cuerpo, deposita en el alma santidad y mortifica y aminoran sus desordenadas tendencias, sus inmoderadas intenciones, que forman aquella como ley cruel, que tiraniza el espíritu; aquella ley que aquejaba también a S. Pablo. Después los asaltos de este enemigo se hacen por si mismos más débiles y más fáciles de vencer.

19c. Le vuelve nauseabundo.

Se debe notar además que mientras las seducciones e ilusiones de este enemigo pierden valor, el alma que ha de combatir y rechazar ya se encuentra hastiada y reacia; de manera que naturalmente las rechaza como cosas desagradables e intolerables. En efecto, el alma acostumbrada a probar el delicioso Pan de los ángeles, atraída por seguir los perfumes divinos de la flor de María; y si se nos presentase un alimento sucio y desagradable, no podríamos sentir más que asco y aborrecimiento de él.

20. Una consoladora experiencia.

Esta es una verdad práctica, cuya experiencia continua, atestiguan los directores de las almas. Ellos, entre aquellos que asiduamente se acercan a la Sagrada Mesa se encuentran un buen número de almas, las cuales cuando por decir así, presienten apenas la tentación, en vez de percibir aquel sentimiento de seducción y placer que tan naturalmente halaga al corazón, sienten pena y asco, y sin reflexionar un momento, como sucede en los actos indeliberados que los teólogos llaman *Primo - primos*, se cuidan de ella invocando el auxilio divino o haciendo un acto contrario; así que ni siquiera les cabe duda de culpa ninguna; y es cosa notable que también durante el sueño hacen lo que durante la vigilia; rechazan entonces los fantasmas feos en virtud del hábito, como los rechazan velando. Por lo tanto los directores de ciertas almas no temen absolutamente de verlas algún día manchadas por el vicio impuro: no porque no puedan pecar en esto, sino porque la fortaleza de la gracia que tienen de Dios añade una disposición de ánimo, para con ellas cambiada como en naturaleza propia, de manera que lo que para los demás es incentivo, para ellas es pena. La tentación que empuja a tantas almas a caer bajo las seducciones del enemigo, despierta y aparta por el contrario a estas otras para que se opongan contra él, y le develen casi aun antes de que pueda hacer uso de sus armas. La tentación para éstas se transforma en fastidio que aumenta el aborrecimiento a la culpa más y mejor de día en día las previene de la caída.

Porque es un hecho, que no obstante la pésima inclinación común a todos los hijos de Adán, buen número de almas que reciben frecuentemente la Santísima Comunión, llevan en la

tierra una vida verdaderamente angelical, aborreciendo no solo toda sensualidad, sino también toda sensibilidad, que les encamine a la sensualidad, aunque sea de lejos: y sucede que si tienen defectos, los tienen en otras materias, más no en esta. Tendrán defectos de resentimiento, de amor propio, de apego al dinero y bienes o cosas del mundo; los tendrán tal vez de gula o de ira: pero no de lujuria.

21. Exhortación de Cornelio A-Lápide.

Considerando Cornelio A-Lápide la fuerza especial que confiere a las almas el Santísimo Sacramento para salir victoriosas de la lujuria, habla de este modo al hombre que lo siente arder en sí como fiebre: *"Yo no te diré que te retires del mundo y te encierres en un claustro; ni te diré que sometas tu cuerpo con cilicios y disciplinas, ni que bebas agua simplemente en vez de vino; sino que te sugeriré una cosa fácil pero justamente eficaz: acércate con frecuencia al Sagrado Banquete haz que vaya Jesús a la casa de tu alma, El es Virgen e hijo de la Virgen y con sus carnes virginales extinguirá el ardor que tú sientes. Te aseguro que este poderosísimo remedio contra aquel vicio, como enseña la Santa Escritura, atestiguan los Santos Padres y prueba la experiencia cotidiana. Porque este es el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes, de que habla el profeta Zacarías"*

Por lo tanto, almas piadosas, que sobre todo temen los asaltos del más temible de nuestro enemigo, vengan, vengan al Banquete del Divino Amor. Aquí comeréis "aquel pan que por su excelencia se llama Eucaristía, que quiere decir buena gracia, como dice S. Bernardo: Sacramento en el que no sólo se recibe toda gracia, sino aquel mismo que es la fuente de toda gracia. Aquí quitaréis la sed en aquel cáliz que embriaga, que enajena al hombre y de terrenal lo hace celestial. (A-Lap. in Zach. IX, 17)." Sustentadas y robustecidas por este pan y por este vino tendréis las fuerzas sobreabundante de gracia para obtener la victoria en toda batalla: mientras tanto nuestro enemigo, la carne, puesta en tan íntimo contacto con las Santísimas Carnes del Salvador, quedará extenuada; de manera que ya no la temeréis; apenas les causará fastidio e incomodidad; fastidio e incomodidad que acrecentarán odio y desprecio en ustedes para con el mismo enemigo, y aumentarán después las puras perlas de corona en ustedes para la vida inmortal.

22. Seguridad de vida eterna.

La Eucaristía siendo el medio más útil y eficaz contra los tres enemigos de nuestra eterna salvación, he aquí que tiene ella la mayor prenda y garantía de no caer más en el terrible mal de los males, el pecado mortal. Lo que no sólo debéis creer por las razones ya dichas y que confirma la doctrina por otra parte infalible del Concilio de Trento, sino que también deberíais creerlo prescindiendo de toda razón y autoridad, mirando también la experiencia cotidiana que demuestra con el hecho una verdad tan consoladora.

Ese hecho está garantizado por todos los experimentados directores espirituales, que las almas que se acercan muy a menudo a recibir la Santísima Eucaristía, viven siempre sin pecado mortal. No hablo de algunas almas infelices que se atreven a participar del Banquete del Divino Amor por fines de humano interés o de hipocresía.. Hablo sí de aquellas, que aun cuando son todavía defectuosas, y ni siquiera están abrasadas por el amor de Dios, no obstante por el aprecio que tienen de la Santísima Eucaristía y por el bien que de ella esperan, frecuentan la Santísima Comunión; y digo sin temor de ser desmentido por nadie, digo que estas almas no caen nunca en pecado mortal, de modo que no tengan graves culpas de que acusarse en sus confesiones. Si siguen en la misma frecuencia hasta la muerte no les faltará la gracia de la perseverancia final. Mas no se quiere decir con esto que no puedan pecar mortalmente, sino que de hecho no pecan: lo cual es suficiente prenda y seguridad, que debe acarrear un gran consuelo a las almas constantes a la Sagrada Mesa. Sí, confórtense, almas piadosas, con tal que frecuenten el Banquete del Divino Amor, jamás los mancharán con el pecado mortal, ni siquiera viviendo cien años, aun cuando estuviesen rodeadas de los más graves peligros y tentaciones; y confórtense, porque durando en tal constancia estarán por lo mismo, más seguras de no caer, que si empleasen todos los días en largas lecturas y meditaciones; si consumiesen sus vidas en rigurosas penitencias; si huyesen a los desiertos; ya nada puede conferir en sus almas tanta fuerza vital, conque confiere la Santísima Eucaristía:

Ella es fruto del árbol de la vida, el cual corresponde conferir la inmortalidad de la gracia.

23. Tercer efecto de la Santísima Comunión. Borra los pecados veniales.

Es doctrina del Sacrosanto Concilio de Trento, que por la humana fragilidad no puede el hombre evitar durante toda su vida, todos los pecados veniales; sin un particular privilegio que no se sabe se haya concedido a algún santo, excepto a la Reina de todos, María Santísima (Sess. VI. c. 23). Pero debe notarse que hay dos clases de pecados veniales: aquellos no plenamente advertidos, de los cuales habla el Concilio de Trento en citado lugar; y otros plenamente advertidos, los cuales por lo mismo se dicen advertidos es decir, cometidos con voluntad deliberada, y estos se pueden evitar todos, como los pecados mortales. En efecto, del mismo modo que podrían rehusar de jurar falsamente, conociéndolo que es así, podrían entonces rehusar de decir una mentira por obligación, conociéndola como mentira. Si, advirtiendo el robo, pudiesen abstenerse de robar una piedra preciosa, lo podrían igualmente de una manzana. Cuando entonces el pecado no está bien advertido, es decir, cuando se comete con poco conocimiento de lo que se hace, por la debilidad humana, no puede siempre evitarse. El hombre entonces cae muchas veces, más bien por sorpresa que por malicia; incurre sí, en algún delito delante de Dios por aquella poca malicia que hay en su acto; pero es una malicia muy incompleta y por decirlo así excusable. Si en la mala acción no hubiese advertencia alguna, no podría haber ni sombra siquiera de pecado; por lo tanto aunque el hombre cometiese una mala acción que fuese una culpa gravísima, sin advertir su malicia, no cometería pecado, tampoco venial. Desarrollé estas cosas oportunas para entender de lo que tenemos que decir, y pasamos al tercer efecto de la Santísima Comunión. Esto señalado arriba por el Concilio de Trento, donde dice que la Eucaristía es un *antídoto que nos libra de los pecados veniales*. Según esta sentencia todos los teólogos católicos señalan que la Santísima Comunión borra del alma los pecados veniales. Esta no es una doctrina nueva que se haya enseñado por primera vez en el Concilio; sino que al igual que las demás doctrinas de la Iglesia era muy antigua; ya la habían enseñado los Padres y Doctores, y por lo tanto se encontraba en el depósito de la tradición.

Ahora bien, es cierto que la Santísima Comunión borra los pecados veniales de la primera y segunda especie, de dos maneras, como dice Sto. Tomás de Aquino. Primero porque la Santísima Comunión se recibe como alimento que nutre al alma; el cuerpo, que por el calor natural pierde cada día algo de sí, y con el alimento se rehace de las pérdidas sufridas, así también sucede con el alma, pierde cada día por las faltas que comete por el ardor de sus pasiones, y lo adquiere a su vez mediante el sustento de la Santísima Eucaristía. Por lo tanto Ella borra las culpas leves. En segundo lugar las borra también porque entibiándose el fervor de la caridad por causa de los pecados veniales y encendiéndose después en la Santísima Comunión, este mismo fervor debe borrarlos. Por lo cual dice S. Ambrosio: *La Santísima Comunión que es pan cotidiano se toma para remedio de la enfermedad cotidiana, o sea nuestras debilidades, cuyos efectos son los pecados veniales.*

24. La riqueza de este efecto, es muy estimado por las almas piadosas.

Por lo tanto la Santísima Comunión por el valor intrínseco del Santísimo Sacramento y por el crecimiento de la caridad que produce en el alma, borra los pecados veniales. Pero este efecto que poco o nada podría ser apreciado por los indiferentes y descuidados, lo es sumamente por los cristianos piadosos y fervorosos que ninguna otra cosa desean más, antes aspiran sobre todas las cosas, a tener el alma siempre limpia y siempre pura, por cuanto les es posible, ante la mirada de su Divina Majestad.

Saben y conocen estas almas que nada desagrade a Dios, a excepción de las manchas del pecado; porque para Dios no hay cosas feas en este mundo o en el otro, ni tampoco en el mismo infierno, sino la del pecado; y así ninguna otra cosa les desagrade sino el haber pecado, ni otra reconocen, ni otra temen. Y si pudieran en esta vida adquirir perfecta pureza, esa de María Santísima no habría sacrificio que dejaran por hacer con tal de recibirla; saciadas plenamente antes bien bienaventuradas, si la mirada de nuestro Señor nada desagradable encontraran en ellas. Pero porque saben que en esta vida no se llega a aquella pureza total; que del polvo de este mundo se manchan aun un poco los corazones de los Santos, como dice S. Gregorio el Grande, procuran siempre purificarse por todos los medios que estén a su alcance, especialmente con los Santos Sacramentos y los actos de caridad y contrición. Son tortolitas que siempre gimen a los pies de su divino Esposo, porque nunca se hallan dignas por sus manchitas aun por sus imperfecciones, de estar en su presencia, ni merecen nunca que El las mire con plena complacencia.

Ustedes que leen esto, son una de estas almas, que siempre quieren obtener al menos toda la pureza posible delante de esos ojos divinos, de esa divina mirada que día y noche descansan sobre Ustedes y que no quieren otra cosa sino hallarse pura. ¡OH! ¡Qué santo deseo es este! El que tan ardiente lo tenía Santa María Magdalena de Pazzis, quien, como se lee en su vida, decía que se contentaría con tener los mínimos grados de todas las demás virtudes, pero que de la pureza querría estar llena, cuanto caber pudiese en la humana criatura. (*Vida por Puccini, cap. 77.*)

Pues bien, si quieren purificarse mucho, venid con frecuencia al Banquete del Divino Amor. Aquí la eficacia del Santísimo Sacramento borrará nuestras manchas aun las mínimas, y obtendrán por su medio toda la pureza posible durante esta vida mortal. Si de cuando en cuando por la debilidad y enfermedad natural, contrajesen algunas manchas, cada vez que comulguen, se borrarán: de manera que mediante esta constante purificación, esta pureza de ustedes si no se pudiera emular, por lo menos imiten la de los Ángeles. Entonces vuestro Divino Esposo viéndolos puros, en cuanto podrán serlo, estará contento de ustedes y sus divinas miradas complacientes descansarán también en ustedes.

25. Gran pureza a que llegan las almas constantes a acercarse a la Santísima Eucaristía.

¡OH! ¡Cuántas almas puras y qué pureza hay entre aquellas que frecuentan la Santísima Comunión! ¡Ojalá pudiese ver el mundo alguna de esas almas que se alimentan continuamente con las Carnes Santísimas del Salvador! Si tienen manchas son tan imperceptibles a las miradas humanas, que diríamos que no tienen manchas. Y observen bien que su pureza nunca aparece tan grande como es, mientras queda casi cubierta por los naturales defectos que se encuentran en ellas y que Dios permite, para que más fácilmente se mantengan en la humildad; y tales defectos son tan notables para los ojos del mundo, como advierte Santa Teresa de Jesús, que mientras los mundanos se excusan a sí mismos sus delitos, no les perdonan a las personas piadosas ni las imperfecciones. Defectos por otra parte que no siendo voluntarios, no son pecados, ni siquiera mínimos, y por lo tanto no son manchas ante los ojos de Dios. ¡Cuántas almas puras y qué pureza hay entre las que frecuentan la Santísima Comunión! Yo doy infinitas gracias al Señor porque me haya hecho siempre conocer algunas de ellas y por esto me veo obligado a alabarle, porque estas almas son uno de los más hermosos milagros de su gracia. ¡OH que hermosos y puros corazones existen entre los hijos e hijas de Adán, que se alimentan en el Banquete del Divino Amor, del purísimo fruto, del verdadero Árbol de la vida que fructifica en medio del verdadero paraíso terrenal, la Santa Iglesia!

26. Rigores de algunos maestros de espíritu.

Aquí entre tanto no puedo dejar un punto que explicaremos mejor después. Es la irracionalidad de algunos rigurosos maestros de espíritu, que no quisieran se permitiese la comunión frecuente, sino a las almas que viven siempre muy limpias aun de pecados veniales. ¡Qué extrañeza! Uno de los principales efectos de la Santísima Comunión, según la infalible doctrina del Concilio de Trento, es que borra los pecados veniales, y ¿pretenden ustedes que no la deban frecuentar sino las almas que viven muy limpias de ellos? Dejen que la Santísima Comunión pueda producir su efecto y así dejar que se le acerquen también con frecuencia las almas que no viven todavía tan puras como quisieran los rigoristas; dejen que se le acerquen con frecuencia; la Santísima Comunión poco a poco las purificará de sus pecados veniales, y creciendo lentamente en el amor de Dios, vendrá tiempo en que se enmienden de estos pecados con los cuales, por otra parte, está la gracia santificante, su aumento y los demás bienes que produce en las almas el Santísimo Sacramento. S. Cipriano dice que todos los cristianos recibían todos los días la Santísima Eucaristía como alimento para su eterna salvación y que con las palabras de la oración dominical pedían a Dios no les permitiese caer en *culpa grave*, que les impidiese la comunión cotidiana y les separase del cuerpo Santísimo del Redentor. ¿Querrían entonces, ustedes que estuviese impedido la Comunión, por los pecados veniales y por las imperfecciones?

27. Cuarto efecto de la santísima Comunión: El consuelo espiritual.

El dulce, ¿a quien no le gusta? ¡OH! El dulce gusta a todos! Y si se tratara de la dulzura de espíritu, gustaría al alma mucho más que lo del cuerpo, porque es mucho más conforme a su naturaleza; y al contrario, mientras que las dulzuras corporales y del mundo a la larga se vuelven espíritu desabrido y repugnante; las dulzuras y consuelos espirituales, cuanto más duran, tanto más gustan, de manera que si fuese posible, el alma siempre quisiera deleitarse en ellas. Solamente se deben exceptuar algunas almas del todo carnales, que por el continuo alimento del más sucio cieno terrenal puede decirse que han perdido todo sentido espiritual y casi haya cambiado la naturaleza, haciéndose como de carne, incapaces para saborear todo lo que no tiene sabor de carne. Estas ya no tienen sentido para las cosas del espíritu y así es imposible que les agraden, hasta que un milagro de la gracia les infunde nuevamente aquel sentido, y podría decirse que nacen de nuevo, devolviéndoles su primera naturaleza. De estas que son infelices no quiero hablar. A todas las demás aunque no son muy santas, ni muy perfectas, gusta la dulzura, el consuelo del espíritu; le buscan y cuanto más les agrada, tanto más quieren siempre gustarle, como observa S. Gregorio el Grande.

Verdaderamente las dulzuras espirituales son un ensayo de los gozos del paraíso, que no pueden fastidiar al beato que los disfruta por una interminable eternidad; sino al contrario por una eternidad sin fin serán siempre nuevos, siempre gratos, como si entonces comenzaran, y por lo tanto siempre apetecibles como al principio.

28. Multiplicación de las dulzuras espirituales.

Estas dulzuras espirituales son múltiples, como múltiples son los modos de Dios para comunicarse con sus criaturas y hacerles probar su bienaventurada presencia. A veces estas dulzuras provienen de las luces que alumbran a la mente y dan al alma consoladores conocimientos para que vea clara ciertas verdades, las cuales antes eran para ella oscuras; para que conozca ciertos secretos del Divino Amor y entienda que Dios la quiere; que verdaderamente goza de su amistad, y que las tentaciones que sufre no la dañan, sino que se le añaden merecimientos; que Dios ha olvidado sus pecados, que ya no se los echará en cara el día del juicio. Luces que se le manifiestan en las gracias y la misericordia, ante poco o nada conocidas y las disposiciones de Dios para concederle otras mayores en adelante.

Otras veces estas dulzuras provienen de toques al corazón, que despiertan ya sentimientos de tierno amor que llena toda el alma de suave complacencia en el Señor, al que se siente dulcemente unida y vinculada; ya sentimientos de amor generoso que la engrandece y eleva sobre sí misma infundiéndole una segura y descansada confianza, de manera que se sienta fuerte con la fortaleza y serena con la tranquilidad de Dios; ya sentimientos de amor vivamente encendidos, como si sintiera disolverse entre suaves llamas y al mismo tiempo como derretirse entre deseos y ardorosos anhelos para complacer a su Señor, con todas sus fuerzas y potencias, no queriendo ya más nada para sí, sino todo para Dios.

Y repito que estas dulzuras espirituales son múltiples para que se puedan contar; porque infinitos son los modos por los cuales el Espíritu Santo puede alegrar, acariciar y hacer fiestas de amor a las almas ya totalmente suyas o que quiere atraer a sí para que lo sean. En efecto, se ve en Santa Teresa de Jesús que la infinita Bondad Divina usa muchas veces atractivos dulces de gracia en las almas que quiere despegar del mundo y estrechar a ellas en el Amor Divino. No hablaré aquí de las dulzuras espirituales del todo inefables de la divina contemplación, que son el ensayo supremo que puede haber en el mundo de los gozos del Paraíso. Solamente el alma que las haya probado puede saber lo que son tales dulzuras, pero ni ella tampoco tiene lengua capaz de indicarlas.

29. Preciosidad de las tales dulzuras y qué apetecibles son.

Es de verdad que las dulzuras espirituales son gratas a las almas y son también preciosas gracias, porque ayudan mucho a que conozcan mejor a la Bondad Divina y para que más ardientemente se enamoren de ella y comparando sientan lo insípido de los gustos del mundo, y generosamente los rechacen. Por lo cual las dulzuras espirituales son gracias muy estimables y dignas de ser recibidas de Dios con sentimientos de gratitud. No me desagrade que las almas las busquen y la pidan a Dios para que sean alimento de santo amor y fortifiquen la debilidad natural y venzan sus malas inclinaciones. La providencia de Dios que dio sabor a las cosas materiales que alimentan nuestro cuerpo; les dio también sabor a las cosas santas y que alimentan nuestro espíritu.

Dios ha hecho todo bien; aprovechemos sus obras. Se les dirá que es mayor perfección servir y amar a Dios sin gusto, pero de esto hablaremos después. Ahora permítanme decir lo que es también verdad, a saber que las dulzuras espirituales son preciosas; por lo tanto no me desagrada que las almas busquen y pidan a Dios; permítanme mas bien decir que es de desear que las almas tengan hambre y sed de ellas y en cuanto puedan se las procuren. ¡Ojalá pudiese yo ver multiplicarse el número de almas deseosas de saborear las dulzuras espirituales! Quisiera hallarlas en todas partes y que todas en su mayoría se encendiesen a este deseo. Multiplicándose esas almas, se multiplicarían los Santos y la Iglesia de Dios reflorcería con excelentes virtudes, porque como dice S. Juan de la Cruz: *cuando se saborean las cosas del espíritu parecen desabridos todos los placeres de la carne*. Muchas almas que por sus afectos pueden llamarse carnales, serían excelentemente espirituales. Además es necesario observar con el mismo S. Juan que *toda vez que reciba el alma un nuevo bien espiritual, lo recibe gozando en el espíritu, y por esto sacaría provecho; de otro modo fuera maravilla que lo aprovechase: para lo cual está bien el dicho de los filósofos: lo que agrada, nutre y engorda*. Y así dijo Job: *¿Podrían acaso comerse los manjares desabridos, no sazonados con sal?* Entonces generalmente hablando, las dulzuras espirituales no son solo útiles, sino necesarias para el provecho de las almas.

30. La fuente de las dulzuras espirituales.

¿Entonces desean ustedes, saborear estas dulzuras espirituales para que les ayuden a despegar el corazón de las cosas del mundo y les unan a Dios? Si es así, vengan, vengan al Banquete del Divino Amor; en donde, como asegura Sto. Tomás de Aquino, en su propia fuente saborean las dulzuras espirituales. El Santísimo Sacramento es el pan bajado del cielo, es el maná del desierto que contiene todo sabor delicioso. ¡Si! la dulzura del Corazón de Jesús puesta al contacto del corazón de cada uno de ustedes por medio de la Santísima Comunión, donde se hará sentir; y también la gustaran de muchas maneras; ya en sentido de luz que comunicará consoladores conocimientos; ya en el de amor tierno que producirá en ustedes suaves complacencias en nuestro Señor; ya en el amor generoso que les llenará de confianza y paz; ya en el de amor ardiente que se encenderá en ustedes y les hará como derretir en deseos, anhelos vehementes de complacer a aquel Divino Corazón. Vengan, vengan al Banquete del Divino Amor y serán consoladas.

31. Para que almas están reservadas estas dulzuras espirituales

Es de notar que las dulzuras espirituales más sensibles y delicadas están reservadas para las almas que tienen particular cuidado en prepararse bien para el Banquete, al que se acercan bien dispuestas y llegan a Él con un sano paladar de hambre y sed de él. Estas tres condiciones son necesarias para que saboreen como conviene las comidas en los banquetes terrenales. Por más que la mesa esté servida con excelentes alimentos y vinos exquisitos, si el que se sienta a ella tiene el paladar algo mal, no apetece la comida ni la bebida y poco podrá gustarlas. Si por el contrario el paladar está sano, como sucede cuando el hombre goza de perfecta salud y apetece vivamente los manjares y las bebidas, sentado a la mesa saborea estos mucho.

Lo mismo sucede al que toma parte en el Banquete del Divino Amor. Las almas que siguen los gustos mundanos y desean contentar los apetitos de sus propios sentidos, aunque no en cosas gravemente prohibidas (Entonces serían del todo indignas de aquella mesa celestial); tales almas andan flojas y enfermas en el servicio divino; por lo tanto no tienen el paladar sano, ni están hambrientas, ni sedientas de los bienes espirituales de la Santísima Eucaristía; y así no estarían dispuestas para saborear sus dulzuras. No obstante, con tal que se hallen en estado de gracia, gustan un poco también ellas participando de la Mesa del Señor; porque a no ser que el pecado mortal nos cambie aquel pan vivo en veneno mortífero, hemos de sentir un poco de su sabor; y en efecto, estas almas acercándose de vez en cuando a la Santísima Comunión, se sientan fortificadas; pero a veces es tan poco, que casi no lo perciben. Acérquense sin embargo a la Sagrada Mesa; porque el pan como pan que es, nutre y conserva la vida de quien lo come. Así como aquellos que no tienen paladar sano, ni apetece el alimento, deben comer, sino se mueren; así es necesario que también las almas enfermas y flojas en el servicio divino, aunque poco saboreen las dulzuras del Pan vivo, se alimenten con frecuencia para no morir a la gracia.

Porque las almas que gozan de perfecta salud por el perfecto amor de Dios y que rechazan los gustos mundanos tienen sano paladar para saborear las dulzuras del Espíritu y además no están hambrientas o sedientas sino de los verdaderos bienes de la Santísima Eucaristía, que contiene todos en sí; esas almas están dispuestas para saborear grandemente las soberanas dulzuras

espirituales que están en la Santísima Eucaristía como en su fuente. Ellas entonces se hallan como obligadas a decir con el profeta David: ¡Verdaderamente es buena cosa estar tan íntimamente unidas a Dios, corazón con corazón, del hombre con el de Jesús! Saben ellas solas, y ni podrían hacerlo entender a otros, lo que son las dulzuras espirituales que saborean y gozan con semejante unión, saciadas y embriagadas por la abundancia de la casa del Señor. ¡OH almas deseosas de saciarse y embriagarse en estas dulzuras, purifíquense de todo afecto terreno, santifíquense y vengan, vengan al Banquete del Divino Amor!

32. No siempre saborean estas dulzuras las almas piadosas.

Es necesario confesar sin embargo que este cuarto efecto no es siempre sensible, ni aun para las almas mejores y más buenas y más perfectas que se acercan a la Santísima Comunión. Hay almas que aun cuando no omiten hacer lo que esté de su parte para estar disponible del mejor modo al sagrado Banquete, a pesar de ser el Maná del cielo para ellas no tiene dulzuras, es decir el Pan de los Ángeles les es insípido. Entonces es fácil que se maravillen y se alarmen, probando en sus Comuniones tanta divagación de pensamientos, tanta frialdad e indiferencia de afectos, que casi se dan cuenta que ya no tienen fe, ni confianza, ni amor para con Jesús Sacramentado y les parece alimentarse de este Pan bajado del cielo con aquella indiferencia con que se alimentan del pan terrenal. A pesar de todo, no se maravillen, ni se inquieten: lo que padecen es un permiso de Dios, no para daño de ustedes, sino para su provecho, queriendo que por tal modo se perfeccionen en su fe, se confirmen en su esperanza, y se purifiquen en su amor.

Decíamos que lo dulce gusta y mucho; por eso las almas devotas son muy codiciosas de las dulzuras espirituales y especialmente cuando se acercan a la Sagrada Mesa y persuadidas de que acogiendo en sí en la Santísima Eucaristía, la fuente de todas las dulzuras espirituales, no puede suceder que carezcan de ellas. Puede suceder sin embargo que en cierta manera experimenten ellas también lo que el Redentor en la hora de su Pasión. Es de saber que por la unión hipostática de la naturaleza divina con la humana, por la que Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre es una sola persona divina, el alma de Jesús tan unida al Verbo eterno gozaba de la visión intuitiva de Dios y así necesariamente era beata por la divina beatitud e incapaz de sufrir ninguna pena, como lo son las almas beatas en el Paraíso. Esta beatitud debía llenar y colmar el alma de Cristo, de manera que también en la parte sensitiva fuera plenamente beata, pero queriendo Cristo padecer y padecer en grado máximo por nuestro amor, impidió con su omnipotencia que el gozo de la visión divina beatificara su alma en la parte sensitiva y así el alma en su sensibilidad sufría los excesivos dolores de la Pasión y los sufría sin alivio ni consuelo. Dicen los teólogos que Cristo tuvo el gozo de la visión divina en la parte superior del alma, es decir en la intelectual, careciendo de ella la inferior, es decir la sensitiva.

Esto nos puede servir de paridad para explicar como las almas aunque buenas y santas, no obstante de recibir muchas veces la Santísima Comunión con las mejores disposiciones, no gusten de aquellas dulzuras espirituales que se producen y difunden en los corazones puros. Disponiéndolo Dios así, mientras la Santísima Comunión no deja de infundir en esas almas la abundancia de la gracia santificante, de perfeccionarlas en la fe, confianza y amor; mientras no deja de producir alguno de sus efectos substanciales; o mejor aun, mientras los produce en mayor abundancia, porque, en donde hay menos sentido hay más espíritu; sucede que la Santísima Comunión retiene en sí misma lo dulce, lo suave y lo gustoso de la presencia del Señor, y las almas quedan áridas y secas en su sentido espiritual de manera que les parece alimentarse, no del maná más sabroso, sino con la comida más insípida. Acontece entonces lo que sucedería si por virtud divina perdiesen las comidas y las bebidas su sabor quedando intacta su sustancia: nosotros, comiendo y nutriéndonos, viviendo sanos, robustos y alimentándonos bien, no percibiríamos sus sabores.

33. Por qué Dios sustrae a las almas las dulzuras espirituales.

Permite Dios esto por justos fines; primeramente para que se fundan en humildad aquellas almas que viéndose regaladas y acariciadas con aquellas dulzuras experimenten a veces tentaciones de soberbia, imaginándose ellas que si son tan favorecidas, lo son por especiales merecimientos suyos; así al verse con tales sequedades se mantienen con baja estima de sí mismas:

Además lo permite como decíamos, para perfeccionarlas en su fe, confirmar su esperanza, y purificar su amor.

En esta sequedad se perfecciona la fe, porque es tanto más perfecta, cuanto menos ayudada

de pruebas sensibles está. Las dulzuras espirituales son pruebas de la presencia del Señor en la Santísima Eucaristía. El alma que en la Santísima Comunión se siente suave y altamente acariciada por Dios, no sólo cree, sino que siente y experimenta que está entonces con Dios que la consuela con su amorosa presencia. Faltándole las dulzuras, le faltan las pruebas, y por lo tanto, creyendo que aquel Pan, para ellas entonces tan desabrido, es verdaderamente el pan bajado del cielo, la sustancia del eterno Banquete, que alimenta y mantiene a los Ángeles y Santos en la vida beata, la fe del alma se perfecciona mas y, tanto más en cuanto más a oscuras se queda.

Asimismo se confirma la esperanza, porque el alma hallándose tan cercana a Dios, más aún tan unida con Él por la Santísima Comunión, no sintiendo su presencia, como si estuviese apartada y alejada de Él, hace mayor esfuerzo para tener confianza en Él; y en este esfuerzo hay mayor mérito, y la virtud de la esperanza se confirma, por lo cual debe decirse que se contempla mucho mas al Señor. En efecto, es natural que el hijo se abandone a sentimientos de ilimitada confianza en su buen padre, cuando este le esté acariciando y favoreciendo de muchas maneras; porque si el hijo se abandona a los mismos sentimientos de confianza cuando su padre no hace caso de él, muestra entonces tener muy alto el concepto de la bondad de su padre no buscando pruebas del afecto que el padre le tiene, y de esta manera le honra grande y señaladamente.

Pero sobre todo si faltan al alma las dulzuras espirituales, y lo más frecuentemente que pueda, se acerca a la mesa de su Señor, atraída por aquella fe pura y confiable, se purifica su amor amando a Dios sin el estímulo y sin la satisfacción que le darían aquellas dulzuras para amarle. Este es el amor puro: amar a Dios porque se lo merece; amarlo por sí mismo sin nuestro sensible contento, sin otro estímulo que el de su Infinita Bondad. Cuando el alma ama a Dios, pero lo ama casi nadando en la abundancia de sus consuelos, es muy fácil que en este amor haya poco o mucho de interés propio y que ame con mayor intensidad las dulzuras que vienen de Dios que a Dios mismo. Entonces cuando el alma ama a Dios, puesta y dejada por El en la sequedad, entonces le ama simplemente porque lo merece, sin interés del propio contento y gusto: lo que en sumo grado debe complacer al divino Corazón. Este es ejercicio de amor puro, en que el amor se purifica cada día más de toda aquella mezcla de satisfacción propia, que en cierta manera se resuelve en amor propio.

Por lo que si ustedes que leen, fuesen parte del número de estas almas a quienes Dios sustrae en la Santísima Comunión las dulzuras espirituales, no se desanimen, adoren sus santas disposiciones, que son todas por bien de ustedes, y vengan, vengan al Banquete del Divino Amor, como acudirían si que en ustedes redundasen todas las dulzuras espirituales. Estén seguros que será para ustedes mucho mayor la ganancia, cuanto menor fuera para ustedes el contento.

CAPITULO III

DISPOSICIONES PARA ACERCARSE AL BANQUETE DEL DIVINO AMOR.

1. La gracia santificante es disposición necesaria.

¡Que consoladora es la parábola del Evangelio referida por S. Mateo en el capítulo 22, en la que se habla del banquete preparado por un rey para las bodas de su hijo! Este banquete nupcial, según observan los sagrados intérpretes, nos representa ya la Santa Iglesia, la gloria del Paraíso, y también la Mesa Eucaristía, que es precisamente el Banquete del Divino Amor. Ahora, nosotros siguiendo este último significado vemos que el buen rey, en donde se reconoce al Padre Divino, tenía ardiente deseo de que muchísimas personas acudiesen a las bodas de su hijo, que representa a Jesucristo Nuestro Señor y por lo tanto quería que la sala del Banquete estuviese llena de toda clase de personas, conducidas allá por sus siervos de las mismas calles públicas. Y precisamente el Banquete Eucarístico está preparado para todo cristiano, rico y pobre, grande y pequeño, culto e ignorante, sin excepción de personas. Pero el rey entrando para ver a los invitados ¿a quién quiso excluir de las bodas? solo a aquel que se había introducido sin la vestidura nupcial, sin la cual nadie podía sentarse a su Mesa. A todos los demás, nobles y plebeyos, sabios e idiotas, los bien vestidos y los desastrosos, sanos y flacos dejó que se alimentasen de la gran Mesa; solo quiso excluir a quien atrevidamente se hubiese entrometido sin aquella vestidura indispensable. Entonces, ¿qué ha de entenderse por esa vestidura?, sí, es la Gracia Santificante, dicen los intérpretes, que solamente quedan privados los que están manchados por el pecado mortal. ¡que consoladora es, entonces, esta parábola! Quiere decir que la disposición necesaria para acercarse a la Mesa Eucarística es sola

esta: que el alma esté en gracia, inmune o purificada de todo pecado mortal. Esta alma tiene la vestidura nupcial: tiene por entonces derecho al Banquete. Otra disposición no exige el Evangelio, ni otra exigen los Concilios, Pontífices y Santos Padres. Lo cual observaba el eximio Suárez, y concluía en que no hay autoridad que enseñe exigir algo más que el estado de gracia para que digna y serenamente comulguemos. (Q. LXXIX a. 8. disp. 63. sect. 3).

Después no cabe duda que la disposición necesaria para comulgar digna y serenamente sea solo esta, la limpieza de pecado mortal. No puede ser de otro modo; que el alma esté en gracia, es, como hemos visto, amiga de Dios, hija suya, su esposa, objeto de sus complacencias (aún cuando estuviese manchada con pecados veniales), y como tal, digna y merecedora de acercarse a la Sagrada Mesa, hecha digna y merecedora por el mismo Jesucristo, mediante el don tan excelso de la gracia. Además el alma en ese estado debe comulgar con fruto, porque la Santísima Eucaristía produce la gracia por virtud intrínseca que viene de Cristo, la que se produce necesariamente toda vez que la persona sea apta para recibirla. Se sabe muy bien que los Sacramentos no producen la gracia en virtud de las disposiciones del que los recibe, esto es, *ex ópere operantis*, como dicen los teólogos, sino por la virtud intrínseca que tienen de producirla según el otro dicho de los mismos, *ex ópere operato*. Las disposiciones hacen simplemente al sujeto apto o capaz de recibir el efecto de los Sacramentos, removiendo de él todos los obstáculos para conseguir el mismo efecto. Donde no hay pecado mortal, y donde por lo mismo se halla la gracia santificante es imposible que haya obstáculo para el aumento de la misma gracia: luego quien quiera comulgar en gracia, no solo comulga digna, sino con frutos también; por lo tanto, recibe aumento de gracia santificante.

2. Los pecados veniales no impiden la Santísima Comunión.

Este aumento no puede ser impedido por los pecados veniales; y no sólo los cometidos antes, sino tampoco los que se cometieran en el acto mismo de comulgar; como, por ejemplo, si se hiciese la comunión con un poco de vanagloria, o distracción voluntaria. No crean que esta doctrina sea mía; es del angélico doctor Santo Tomás, grande entre todos los teólogos católicos. *Los pecados veniales, dice, pueden ser considerados bajo dos aspectos: en cuanto fueron cometidos, y en cuanto se cometen actualmente. En el primer modo no impiden de ninguna manera el efecto de este Sacramento (de la Eucaristía). Porque puede suceder que alguien, después de cometer muchos pecados veniales se acerque devotamente a este Sacramento y consiga su pleno efecto.*

En el segundo (es decir cuando se cometen en el acto de la Comunión) no impiden el efecto de este Sacramento totalmente, pero en parte tan solo; ya se ha dicho que el efecto de este Sacramento no es tan sólo recibir de la gracia habitual, la caridad, sino también cierto consuelo actual de dulzura espiritual, que en verdad se impediría si alguien se acercara a este Sacramento, distraída la mente por el pecado venial que comete en aquel acto. PERO NO SE IMPIDE EL AUMENTO DE LA GRACIA HABITUAL O SEA LA CARIDAD. Y esta doctrina es confirmada también con argumentos teológicos por el eximio Suárez en el lugar arriba citado. Es una verdad, de la que no se puede dudar, que la única disposición para comulgar bien, es decir digna y con fruto, es no tener el alma manchada con el pecado mortal.

3. Disposiciones deseables.

¿Por qué, los maestros de espíritu exigen otras disposiciones para la Santísima Comunión? Hay que distinguir: Si las exigen como necesarias, están en un error; si como útiles y convenientes, tienen mil razones; y yo también, aunque no puedo contarme en el número de los maestros de espíritu, las quisiera exigir como útiles y convenientes y con grande instancia, de cuantos se acercan a la Mesa del Señor. Estas disposiciones son: toda la limpieza posible de pecados, también veniales; vida de recogimiento y oración; vida de mortificación de los placeres; de desapego de los bienes del mundo; una fe viva; una confianza grande en Dios y su amor ardiente, y el vivo anhelo de este Pan divino; en una palabra, todas aquellas disposiciones que se necesitan para que el alma ame a Dios y le sirva con toda perfección.

No pueden imaginar lo útiles que son estas disposiciones para la Santísima Comunión. Si el Santísimo Sacramento produce el aumento de la gracia en todas las almas con tal que estén limpias de pecado mortal, y le produce aún cuando están manchadas con muchos pecados veniales, y tibias de muchas otras maneras en el servicio divino, ¡qué abundancia de gracia y además de consuelos espirituales producirá en aquellas almas que procuran la mayor pureza de conciencia y el más vivo fervor en el servicio de Dios! No podemos imaginarnos que libertad de gracias y dones querrá mostrar Dios con estas almas que otra cosa no temen sino causarle algún disgusto, por mínimo que sea, ni

otra más vivamente desean en la tierra, sino su gusto divino, aun a cambio de cualquier privación o mortificación que debieran padecer. Y así se debe decir ciertamente que no podemos formarnos un justo concepto de la utilidad que dichas disposiciones infunden al alma si con ellas se acercan a la Santísima Comunión.

Pero, si su utilidad es tan grande, es seguramente mayor su conveniencia. En efecto, si se considera a quien se recibe en la Santísima Comunión, si nos acordamos tan sólo lo que observamos en el *Capítulo I*, no podemos menos de reconocer que para recibir a tan grande huésped, quien es para nosotros Jesucristo en el Sacramento, todas las disposiciones dichas son nada en comparación de su mérito, y que siempre serían nada aunque estuviesen en nosotros con tanta perfección que nos igualaran en pureza y santidad a los Ángeles del Paraíso. ¿Quién podría dudar que aun acercándonos a la Santísima Comunión con la pureza y santidad de los Ángeles seríamos todavía indignos de nuestra parte? Si, entonces, es imposible que nos acerquemos a la Mesa del Señor con preparación digna, ¿no será conveniente que al menos procuremos todas las buenas disposiciones posibles para aminorar nuestra indignidad? No cabe duda que si nos es sumamente útil, nos es también inefablemente conveniente acercarnos a la Santísima Comunión con todas las mejores disposiciones; y así tendrían mil razones los maestros de espíritu en exigir las cuando nos acerquemos a la sagrada Mesa.

4. Estas disposiciones no son necesarias.

Todavía se debe distinguir sin embargo la utilidad y conveniencia de tales disposiciones, de su necesidad. Que evidente es que se deban conceder las dos primeras, es decir la utilidad y conveniencia, así también parece que se ha de negar la tercera, a saber, que sea necesario acercarse a la sagrada Mesa con las disposiciones referidas, además del estado de gracia. Y así parece en primer lugar, porque, como hemos notado arriba, el Evangelio, los Concilios, los Pontífices, los santos Padres y Doctores de la Iglesia no exigen más que el estado de gracia, es decir, que el cristiano comulgue con la conciencia limpia de pecado mortal. Y parece además evidente, porque, como observa Suárez en el lugar citado, no hubiera sido conveniente: exigir más a la fragilidad humana. En efecto no deben considerarse los hombres, absolutamente hablando, todos héroes en pureza y santidad; sino lo que son en la realidad; miserables, llenos de debilidades y enfermedades, entre los cuales por ende la virtud señalada, es por tanto muy rara.

Mandando Cristo a todos los cristianos a acercarse a su Banquete Sagrado, amenazando con la muerte eterna a los que no obedecieran, sabía bien a quienes mandaba; conocía bien la virtud de todos los cristianos tomados en su generalidad. Sabía y conocía también la Iglesia, cuando en el Concilio de Letrán decretaba y después en el de Trento confirmaba que según la antiquísima y apostólica tradición todos los cristianos, varones y mujeres, llegados a los años de la discreción, todos sin excepción se acercasen a la Sagrada Mesa, al menos en el tiempo de Pascua. Conocía la Iglesia muy bien la perfección, la santidad y por lo tanto las singulares disposiciones que se podían suponer en la universalidad de los hombres y mujeres que forman el pueblo cristiano. Sabía bien que entre mil, o por lo menos entre cien apenas habría diez que entendiesen de perfección y santidad y que así supieran procurarse las disposiciones singulares. Sabía bien la Iglesia que generalmente hablando, no se podía esperar de los cristianos una cosa mejor que una comunión hecha en gracia de Dios, más de las veces, después de una confesión sacramental que los repusiera en este estado borrando de su alma los pecados mortales, más o menos numerosos. Sí; ciertamente Jesucristo y la Iglesia sabían que obtendrían mucho si los cristianos comulgasen en estado de gracia en general.

5. El estado de gracia es digna disposición.

A pesar de todo esto les parecerá acaso muy poca disposición para acercarse a la Sagrada Mesa, de tener simplemente el alma limpia de pecado mortal; y en gran parte les compadezco porque algún libro devoto que tal vez han leído, mientras por un lado les hacía conocer cuan importante sería que los cristianos se dispusieran del mejor modo posible para recibir la Santísima Eucaristía, omitía por el otro hacerlos conocer lo precioso de la gracia santificante y la dignidad que confiere a los miserables hijos de Adán, aunque muy imperfectos y faltos de todos aquellos bienes y grados de virtud que hacen señalada la piedad. Si les hubiese iluminado mejor sobre la preciosidad de la gracia santificante y la dignidad que concede al cristiano, no les parecería muy poca cosa para recibir la Santísima Comunión, la simple disposición de estar en gracia de Dios, faltando todas las demás arriba indicadas.

Recuerden lo que hemos dicho de la gracia santificante. Es el tesoro más grande que puede enriquecer nuestras almas y por lo tanto el mayor don que Dios puede hacernos, sin el cual casi nada valdrían los demás dones que nos quisiera conceder su omnipotencia. Esta gracia nos hace real y verdaderamente hijos y amigos de Dios, santifica nuestras almas y las santifica con aquella santidad que santifica a los santos en el cielo, y a la misma Reina de los santos, María Santísima. Esta gracia es un principio de la gloria, es como el paraíso en flor; es como una semilla de divinidad; es la comunicación de la naturaleza divina al hombre, de hecho comunica al hombre la santidad y belleza de Dios. Esta gracia nos levanta y ennoblece tanto ante Dios como que somos llamados dioses y merecemos sus más tiernas complacencias, las más expansivas demostraciones, antes bien exclamaciones de amor. Relean lo que hemos dicho arriba de la gracia santificante y después observen si su preciosidad y dignidad que confiere a los pobres hijos de Adán, no son del todo inefables, e incomprensibles.

Se deben por lo tanto persuadir de que los pobres hijos de Adán, cuando estén adornados y ennoblecidos con la dignidad que les da la gracia santificante, aunque tengan muchos defectos y estén manchados con muchos pecados veniales, son dignos sin embargo de la Santísima Comunión; no por dignidad propia de la que se puedan gloriarse, sino por dignidad conferida por el poder, sabiduría y bondad de Dios. Es necesario recordar nuevamente que Dios obra como Dios, que por eso son incomprensibles las obras de su amor, y por lo mismo por su poder, sabiduría y bondad pudo, supo, quiso elevar a los pobres hijos de Adán mediante la gracia santificante a un honor, a una altura, no ya humana, ni tampoco simplemente celestial, sino en verdad divina.

Por lo tanto cuando decimos que aunque estuviésemos en gracia de Dios y fuésemos santos perfectos, seríamos sin embargo siempre indignos de acercarnos a la Mesa del Señor decimos bien, mirando lo que somos de nuestra parte; pero no decimos igualmente bien si consideramos la nobleza y dignidad que nos confiere la gracia santificante. Y aquí Cristo por su omnipotente bondad proveyó muy bien a su propio decoro mediante esta gracia; de modo que indignísimos como somos, mediante esta gracia nos hiciésemos dignos de acercarnos a Él y Él pudiese estar con nosotros sin deshonor de su divina Persona. Tomemos la semejanza siguiente que explica un poco el concepto de lo que vamos tratando. Un mendigo, ignorante, mal educado, hediondo en su persona, no es digno ciertamente de estar cerca del trono del soberano, de sentarse a su mesa, de formar parte en su brillante cortejo; pero si sucediera que el soberano lo vistiese con hábito real, lo hiciese instruir y educar como un príncipe y le adoptara por hijo, se haría por eso mismo digno de todos los honores de la corte. Así sucede, en algún modo al miserable hijo de Adán ennoblecido por la filiación de Dios mediante la gracia santificante. Como aquél antes sucio y mal criado hombre, hubiera deshonrado al soberano si se hubiera presentado así a la presencia del rey: pero después de haberle adoptado como hijo, no le deshonraría más; así el miserable hijo de Adán no avergüenza ya a Cristo, admitido a su mesa, divinizado, por decirlo así, por la gracia santificante, y hecho hijo de Dios.

Pero muchos no consideran esto, porque no lo saben; y muchos no piensan lo que es la gracia santificante. Y es deplorable que gran número de libros ascéticos, mientras dan extensísimas y muy menudas noticias de muchos bienes espirituales, pasen ligeros sobre la gracia santificante, de manera que por casualidad se encuentra su nombre aquí o allí cuando hay necesidad de recordarlo. Y es este sin embargo el mayor entre todos los bienes espirituales, cuyo conocimiento completo debería tener todo cristiano, para apreciarlo, como es necesario, en sumo grado. Convenzan, sí, a que el cristiano que tiene su alma limpia de pecado mortal y por lo mismo es rico del don de la gracia santificante, solo por esto es digno de la Santísima Comunión, y lo es porque Dios omnipotente lo ha hecho digno de este don. ¿Nos extrañará? Sería cosa muy de extrañarse, si así nos extrañara, teniendo alguna idea de la Omnipotencia de Dios. Dios obra como Dios, repitámoslo; las cosas para nosotros más incomprensibles son para Él las más sencillas y naturales. La falta, entonces, de las demás disposiciones no puede hacer al cristiano indigno de la Santísima Comunión; sólo será indigno, cuando perdiere la gracia santificante, cometiendo un pecado mortal. Esta doctrina está sacada del Evangelio, de S. Pablo, de los Concilios, de las bulas de los Sumos Pontífices, de los Padres, de los Doctores, de todos los Teólogos de la Iglesia Católica. Ustedes, entonces, que por sus dichas, tienen el alma limpia de pecado mortal, y por eso los llaman y son en verdad hijos de Dios (I Jo. III. 1); vengan, vengán al Banquete del Divino Amor, acérquense con ánimo a la mesa del Señor, porque son dignos, y así los ha hecho Cristo mismo, mediante la gracia santificante.

Repito que la utilidad más grande y la suma conveniencia exigen, además de esta disposición que es absolutamente necesaria, procurar también las otras; a saber, para que sean más dignos de la Santísima Comunión, cuídense de todo pecado venial plenamente advertido: que en cuanto lo permite su estado, lleven vida de recogimiento, ajena de las disipaciones y vanas divagaciones del mundo; que mortifiquen sus sentidos aun en las cosas lícitas, y atiendan con particular empeño a la oración y demás prácticas de piedad; practiquen una vida de fe, haciéndolo todo para dar gusto a

Dios; y recibiendo de sus manos todo lo que les suceda, sea próspero, sea adverso; tengan en Dios una confianza ilimitada y lo amen con todos los sentimientos y afectos de su corazón, amando también a las criaturas sólo por Dios: tengan finalmente un hambre santo de este maná del cielo. En una palabra, para prepararse mejor a la Santísima Comunión procuren aspirar según lo permite su estado, a la perfección cristiana. Háganse, háganse santos; es demasiado justo, lo confieso muy alto, que la Comunión sea recibida por santos. Acérquense siempre a la Mesa del Señor con las mejores disposiciones posibles. Pero debo repetirlo, de las premisas muy claro se deduce, que si ustedes no son todavía santos por santidad perfecta; pero si la tienen simple, es la que se confiere aun a los más imperfectos hijos de Adán por la gracia santificante, tienen la disposición necesaria para comulgar bien; mediante la dignidad conferida por esta gracia son dignos de comulgar. Vengan, vengan ustedes también al Banquete del Divino Amor.

Yo les exhorto animosamente a que vengan, no sólo por la dignidad que les da la gracia, sino también porque acercándose a la Santísima Comunión progresaran en el bien y poco a poco adquirirán así las demás disposiciones que son tan deseables, útiles y convenientes. La Santísima Comunión borrarán de sus almas las culpas veniales, aumentará la gracia santificante, fortalecerá la debilidad, sacudirá la tibieza, y los dispondrá para comulgar mejor otras veces; entonces, también a ustedes, estén seguros, la Santísima Comunión hará gran bien.

CAPÍTULO IV

FRECUENCIA AL BANQUETE DEL DIVINO AMOR.

Después de haber visto la grandeza, la santidad y la magnificencia del Banquete del Divino Amor, y los bienes incomparables que de Él sacan los cristianos, y las disposiciones con que deben acercarse, veamos ahora con qué frecuencia conviene que los cristianos acudan a él para atestiguar a Cristo su gratitud y gozar de tan noble regalo de su caridad infinita.

1. Cual debe ser la frecuencia a la Santísima Comunión.

Hablando de la frecuencia con que los cristianos deben acercarse a la Mesa del Señor, comenzaré indicando lo que debería ser conclusión del argumento. Esta conclusión será para que los cristianos deban acercarse a la Santísima Comunión con la frecuencia que les indiquen o permitan sus respectivos directores espirituales, es decir sus confesores. Esta es la regla consignada en el decreto de Inocencio XI, de la que hablaremos después, y que no podemos alejarnos de ella. No obstante a este respecto deben notarse muchas cosas, todas de suma importancia, a las que deben atender los cristianos para procurarse vivo deseo de comulgar a menudo, y los Confesores para no ser muy estrictos en conceder el permiso.

2. El Padre Nuestro supone la Comunión cotidiana.

La cuarta petición del Padre Nuestro no hace referencia solamente al pan material, que nos es necesario para el sustento de nuestro cuerpo, sino también y de un modo particular al alimento espiritual, del cual tiene necesidad nuestra alma, y señaladamente al alimento de la Santísima Eucaristía como lo reconocen los sagrados intérpretes. En esta petición, se pide pan *cotidiano*, quiere decir diario para el cuerpo y para el espíritu, luego se pide la Santísima Comunión cotidiana. Si entonces se pide a Dios la Santísima Comunión cotidiana ¿no será bien que se comulgue cotidianamente? Del *Padre Nuestro* por lo tanto se argumenta que la Comunión de todos los días es buena para los cristianos; porque el *Padre Nuestro* fue dictado para todos; entendiéndose así muy bien con tal que estén dispuestos para ella; si no recibirían sacrílegamente el cuerpo del Señor, y como dice S. Pablo, comerían su condenación.

3. La práctica de la antigua Iglesia favorece la Comunión cotidiana.

No cabe duda que los primeros cristianos miraron a la Santísima Eucaristía como su alimento cotidiano. Se toma de los Hechos de los Apóstoles (*Cap. III*); de los monumentos de la antigüedad

eclesiástica, y de las más expresas declaraciones de los Santos Padres; ni tampoco los maestros de espíritu rigurosos y poco amigos de la Comunión cotidiana se atreven a negar que fuese practicada comúnmente en los primeros siglos de la Iglesia; hombres de letras o de negocios, de espada o de toga, amos o siervos, grandes o pequeños, célibes o casados comulgaban todos los días, con tal que no tuviesen manchada la conciencia con el pecado mortal. No se encuentra quien reclame contra esta piadosa costumbre; más bien todos la favorecían y exhortaban a los fieles a su perseverancia. Y porque nadie duda de esta verdad histórica, me dispense de traer pruebas. Luego tenemos la práctica de la Iglesia antigua, que acostumbraba y aprobaba la comunión cotidiana para todos los fieles cristianos.

Es verdad que en los siglos siguientes no se acostumbró para todos los fieles la comunión cotidiana; pero ¿quizás esto sucedió porque lo hubiese prohibido la Iglesia, o al menos desaprobado? La historia nos dice que esta suposición es falsa; y en efecto ni los falsos maestros citados arriba se atrevieron a decir que la Iglesia prohibiese o desaprobase alguna Comunión cotidiana. Antes bien es imposible que la prohibiese o desaprobase en lo futuro, porque se contradiría a sí misma con la práctica primitiva y con la doctrina manifiestamente expresa.

4. La doctrina de la Iglesia favorece la Comunión cotidiana. Se prueba en el Concilio de Trento, del Catecismo Romano y del decreto de Inocencio XI

En realidad leemos en el Concilio de Trento (Sess. XXI, cap. 6) que la Iglesia desearía ver renovada la Comunión cotidiana que ya practicaban los antiguos: *El Santo Concilio desearía que los fieles que asisten a cada misa, comulgasen no tan solo espiritual y afectiva, sino también sacramentalmente, recibiendo la Santísima Eucaristía.* Acerca de estas palabras dice Barbosa: "Aquí el Concilio manifiesta y supone ser cosa conveniente, loable y digna de aconsejarse que los fieles reciban cada día la Eucaristía; porque desea que en cada Misa comulguen los oyentes, y en este sentido lo interpretó la Sagrada Congregación de los Cardenales, etc." (*Collect, Doctr. in Conc. Trid. h. l.*) Noten, entonces que si ustedes que leen y yo deseamos ver nuevamente introducida en la Iglesia la Comunión Cotidiana, nuestro deseo es del Concilio de Trento, y por eso de la misma Iglesia infaliblemente Maestra; y los que temiesen la Comunión cotidiana, o peor, se opusiesen a ella, temerían lo que la Iglesia expresamente desea, y se opondrían a lo que manifiesta y a lo que quisiera que se practicase. ¿Habría por lo tanto algún fiel que quisiese ser más sabio, más cauto, más prudente que el mismo Concilio Tridentino? Pero, he aquí como se explica la doctrina de la Iglesia en el Catecismo Romano, catecismo que la Iglesia pone en manos de los párrocos, para que de él saquen las instrucciones que deben dar en los días de fiesta a sus parroquianos: Es regla de San Agustín: *Vive de modo que puedas comulgar cada día. Será por lo tanto tarea del párroco exhortar a menudo a los fieles para que así como creen necesario que se alimente todos los días el cuerpo, así también cuiden de alimentar y nutrir cotidianamente el alma con este Sacramento, entonces es claro que no necesita menos el alma del alimento espiritual que el cuerpo del material.*

Aquí el catecismo Romano enseña expresamente que como los cristianos de cualquier condición o estado se alimentan cada día con el pan terrenal, deberían también alimentarse con el celestial de la Santísima Eucaristía. Sigue además: *Y convendrá muchísimo repetir aquí los grandes y divinos beneficios que se nos hacen por la Comunión Sacramental de la Santísima Eucaristía, y también deberá mencionarse lo que era su figura, a saber, la necesidad que se tenía de recobrar las fuerzas del cuerpo cada día con el maná; como también citar las autoridades de los Santos Padres que recomiendan mucho la frecuente participación de este Sacramento. Porque no fue solamente el sentir de San Agustín: Cada día pecas, cada día comulgas; sino que, si bien se considera, fácilmente se conocerá que así pensaron todos los Padres que han escrito acerca de este argumento.* De cuyas palabras no sólo se conoce la doctrina de la Iglesia que aprueba y promueve la Comunión cotidiana respecto de todos los fieles, sino que también se conoce que la comunión cotidiana, según la mente de S. Agustín y de todos los demás Padres, se debe permitir también a los cristianos imperfectos, cuales deben juzgarse aquellos de quienes se puede absolutamente decir: *Ustedes todos los días pecan; no dejen sin embargo pasar un día sin comulgar.* Por otra parte, que no se deba dar la Comunión sino a los cristianos perfectos es error condenado por la Iglesia.

La doctrina de la Iglesia se revela además del decreto de Inocencio XI en el año 1679, ya indicado, en el que se ordena que no se alejen de la Comunión cotidiana ni siquiera los casados, ni los que se dedican a los negocios, entre cuyas personas se encuentran más fácilmente los defectos cotidianos producidos por las dos pasiones más fuertes y en mucha parte necesariamente alimentadas: decreto que prescribe al Obispo mismo que *provea absolutamente que nadie ya a*

menudo, ya cada día se acerque, sea rechazado al Sagrado Banquete. Los Obispos, entonces deben proveer para que nadie sea rechazado al Sagrado Banquete, si frecuente o cotidianamente se acercase a él. En este decreto se dice también a los Obispos, que si encontrasen en sus diócesis la costumbre de la Comunión cotidiana, deben dar gracias a Dios, y alentar dicha costumbre con la debida prudencia.

No se puede dudar entonces que por la práctica y por la doctrina de la Iglesia se aprueba la Comunión cotidiana para todos los fieles en general, que estén en gracia. Pero si se habla de la oportunidad de recibirla, respecto a cada fiel en particular, se remite al juicio de sus Confesores, que deben mandar a cada uno aquella frecuencia que juzgasen más conveniente para su provecho espiritual, como también lo dispone el decreto citado: cuya disposición pontificia ya indicamos y prometimos que sería la conclusión del argumento.

5. Fragmentos de los Santos Padres que favorecen la Comunión cotidiana.

Mientras tanto no será inútil aducir aquí algunos fragmentos de los Santos Padres, que deban considerarse los primeros entre todos los maestros de espíritu, que hablan de la comunión frecuente. Los últimos tiempos nos dieron buenos y santos maestros de espíritu, pero sin duda los Padres de la Iglesia precedieron a estos en tiempo y autoridad.

Damos el primer lugar al Canon X de los que se llaman Apostólicos y que son de muy renombrada antigüedad. En él se dice que *todos los fieles* que entran en la Iglesia y escuchan la Escritura, y después no asisten a la oración y a la *comunión*, se les prive de ésta (de la Iglesia, es decir, sean excomulgados): por lo tanto son causa de turbaciones (o sea de escándalos) en la Iglesia. Después quiere decir que todos los presentes a la Misa, con tal de estar en gracia debían comulgar.

San Justino mártir, casi contemporáneo de los Apóstoles, dice: *Nos levantamos todos en común para orar. Acabadas las oraciones se ofrece el pan, el vino, el agua...* la distribución y comunicación *de las cosas han servido de materia para la acción de gracias* (es decir para el sacrificio Eucarístico) se hacen a cada uno de los presentes, después se envían a los ausentes por medio de los diáconos. Quiere decir que no sólo comulgaban todos los presentes a la Misa, sino que también mediante los diáconos se enviaba la comunión a los cristianos que no habían podido asistir.

Tertuliano y S. Cipriano, ambos explicando las palabras: *El Pan nuestro de cada día dánoslo hoy*, que son del *Padre Nuestro*, quieren que se deban entender de la Santísima Eucaristía. Señaladamente S. Cipriano dice: *Nosotros pedimos que este pan se nos de todos los días por el temor de que tal vez nosotros que estamos con Jesucristo y recibimos todos los días la Eucaristía como alimento de salud, no nos separemos de este cuerpo por el obstáculo de algún delito muy grave, que teniéndonos alejados de la Comunión, nos prive del pan celestial.* Comulgaban, entonces, los fieles todos los días y no impedían la Comunión sino los pecados graves.

S. Juan Crisóstomo en su largo tratado sobre la comunión dice: 1º Que los fieles se engañaban creyendo mayor respeto y honor al Sacramento no acercarse a menudo a esta mesa celestial. 2º Que la pureza de conciencia es la que determina el tiempo para acercarse, y para aquellos que están en gracia de Dios *la Pascua dura todo el año.* 3º Que la *comunión, escasa es la que turba todo.* 4º Que el Señor no quiso limitar su sacrificio a la observancia de ningún tiempo. 5º Que el largo intervalo en las Comuniones es la causa de que se *debiliten, languidezcan y se duerman* muchos fieles.

S. Hilario explicando también la cuarta petición del *Padre Nuestro* dice: *¿Qué cosa hay que Dios quiera con tanto empeño, como cuando desea que Jesucristo habite en nosotros cada día, aquel Jesús, que es Pan de vida, Pan bajado del cielo? Por lo tanto siendo esta petición cotidiana, también pedimos que se nos lo de cada día.*

S. Ambrosio hablando de este pan divino así explica: *Recíbanlo cada día, para que todos los días se aproveche. Vivan de tal modo que merezcan recibirlo cotidianamente. El que no merece recibirlo cada día, no merece tampoco recibirlo cada año; suponiendo que no lo reciba todos los días por vivir en pecado mortal.*

San Jerónimo contestando a Lucino que le pedía si debía comulgar cada día según la costumbre de las Iglesias de Roma y España, le escribe: *Recibe igualmente todos los días la Eucaristía.* Hemos visto ya arriba el comentario de San Agustín al respecto: *Ustedes, todos los días pecan; no dejen sin embargo pasar un día sin comulgar.*

Añadimos estas otras palabras suyas que dirige a los neófitos, es decir a los nuevos convertidos, a los recién bautizados: *Deben saber lo que han recibido, reciban y deban recibir cada día. Aquel pan que ven sobre el altar y que fue santificado por la palabra de Dios es el cuerpo de*

Jesucristo. He aquí que también los principiantes en la vida cristiana, es decir los neófitos *debían recibir todos los días la Santísima Comunión*.

Todas estas autoridades junto con otras semejantes hallarán referidas en la célebre *Carta del Monseñor Fenelón sobre la Comunión frecuente*.

6. Se resuelve una dificultad sacada de la santidad de los primitivos cristianos.

Pero aquí preveo una objeción con la cual se tentará quitar toda fuerza a las autoridades aducidas, demostrando que no son para los cristianos de nuestro tiempo. Es necesario observar que se suele oponer que otros eran los primitivos cristianos, otros los del día de hoy. Aquéllos eran santos, como los llama S. Pablo, y así consta en la historia eclesiástica y por lo mismo no debemos extrañarnos que todos los días se acercaran a la sagrada Mesa y los exhortaban a esto los Santos Padres. Por el contrario los cristianos de nuestro tiempo son, generalmente hablando, no merecedores de la denominación de santos, llenos de pecados e imperfecciones y por lo tanto indignos de la Comunión frecuente, cuanto más de la cotidiana. Hagan que los cristianos de hoy sean santos como los primitivos y después tomen de los Padres; pero mientras sean lo que desgraciadamente son, aquellas autoridades no hacen mucho al caso.

Esta objeción parece grave para quien no conozca la verdadera historia de la Iglesia; más bien para quien la conozca es una verdadera ligereza, como siempre suele ser un falso supuesto. No es este el lugar para desarrollar este argumento con aquella amplitud que se requeriría; pero, aun usando de la necesaria brevedad, conste que la gran diferencia que se quiere establecer entre la santidad del pueblo cristiano de los primeros siglos, y la de los posteriores y del nuestro especialmente, no es sino un falso supuesto.

Quien quisiese ilustrarse bien sobre este punto lea al doctísimo Marchetti en su crítica a Fleury (art. 1. S. VII.) Donde mientras concede que entre los cristianos de los primeros siglos había y debía haber por muchas razones santos en mayor número que entre los de los sucesivos, demuestra al mismo tiempo que el pueblo cristiano de aquellos siglos, tomado en su generalidad, estaba lleno de todos los vicios e imperfecciones que siempre afligieron y mancharon a la infeliz mala progenie de los hijos de Adán.

En primer lugar, deben saber que cuando S. Pablo llama santos a aquellos primeros cristianos, los llama así, no porque en realidad lo fuesen, sino porque eran personas llamadas a la santidad. Vean a Cornelio A-Lápide en el canon XIII que pone antes de los comentarios de las epístolas de S. Pablo y hallarán que aquel sentido que el Apóstol llama *santos* a los cristianos de entonces, se pueden igualmente llamar *santos* a los de hoy día; es decir, personas llamadas por Dios para profesar vida santa. Pero no negarán por cierto que los cristianos de hoy están llamados por Dios para llevar vida santa. Pero si aquel término *santo* se quisiese entender en su propio significado y decir que el Apóstol designaba a los cristianos verdaderamente *santos*, ¿quiénes serían sino los que vivían inmunes de pecado mortal y en consecuencia adornado con la gracia santificante? Y aunque hubiesen estado llenos de imperfecciones, se hubieran llamado igual dignamente santos.

En efecto, si alguno no lo fuese mientras posee la gracia santificante, sería necesario decir que esta gracia no santifica y así no es santificante, lo cual envuelve evidente contradicción. Pues bien, en este sentido, así como eran numerosos los santos entre los cristianos antiguos, así también lo son entre los modernos. Tales eran los que comulgaban todos los días, y tales son los que ahora frecuentan los Santísimos Sacramentos y por la virtud que de ellos les viene viven habitualmente en gracia de Dios. Pero noten bien que la santidad, en este sentido no excluye a los cristianos sino al pecado mortal.

Si oyeran sin embargo que se aplica el término: "*Santos*" a los cristianos antiguos, en el sentido que generalmente fueron personas dotadas de virtud heroica y santos de perfección consumada, dignos de ser igualados a los Santos canonizados; crean sin engaño que los que dan tal interpretación a la palabra *santos* yerran, lo repetimos, como el mismo S. Pablo y la historia antigua de la Iglesia nos lo demuestran hasta la evidencia.

Y en verdad ¿eran los cristianos antiguos todos generalmente santos y perfectos? ¿Cómo, S. Pablo hablando a los de Corinto les reprueba que entre ellos haya *rencor y discordia*; que sean *carnales y sigan las inclinaciones de los sentidos*; que entre ellos se cometan *iniquidades tan abominables que no se hallan semejantes entre los paganos*; y que a pesar de esto *estuvieran henchidos de soberbia*; que *pelearan entre sí* y llevaran sus mutuas acusaciones a los *tribunales paganos*; que *injuriaran y oprimieran a sus hermanos*; que él temía *deber castigar a muchos por sus impurezas, fornicaciones e impudicias* (I Cor. III, 3. V.1.2; VI 6, 8; II Cor. XII, 20, 21)? ¿Por qué debían usarse estas expresiones hablando a un pueblo de santos y perfectos? Oigamos como reprendía a

los de Galacia: *¡Oh insensatos Gálatas! ¿Quién les fascinó para que fueseis rebeldes a la verdad que les prediqué? ¿son acaso tan estúpidos que habiendo comenzado con el Espíritu, acaben en a carne?* (Gal. III, 1,2,3). A los de Filipos escribía que *todos buscaban sus intereses, no los de Jesucristo; que muchos, lo escribía con las lágrimas en los ojos, se portaban como enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la eterna condenación, cuyo Dios es el vientre; que ponían su gloria en vicios que los deshonraban, no tenían pensamientos, deseos o afectos sino para los bienes de la tierra.* (fil. II,21; III, 18,19). ¿Eran acaso instruidos como santos aquellos cristianos de Efeso que habrían de confesar *no haber oído siquiera si existía el Espíritu Santo?* Y Santiago ¿no reprobaba a los cristianos por sus desordenadas pasiones, sus *malos deseos, y la guerra que se hacían unos a otros?* (Jac. IV, 11). Y San Juan ¿no escribía que ya entonces *muchos* eran los *anticristos*, es decir enemigos de Cristo, y *muchos los seductores?* (1. Jo. II 18; II, Jo. 7). Todos estos eran cristianos del primer siglo de la Iglesia y quienes narran sus vicios y desórdenes son los autores divinamente inspirados que no podían mentir, ni exagerar.

Pero llegando al segundo y tercer siglo los llevo a la crítica de Marchetti arriba citada: “y allí encontrarán a Obispos y Presbíteros arrojados de sus Iglesias por cristianos sediciosos; y otros intrusos en su lugar; hallarán una nube de herejías, las más obscenas y vergonzosas”, las Escrituras contrahechas y corrompidas, y los ágapes que profanaban las iglesias. Los infames lupanares por los que los cristianos se asemejaban a los gentiles. Hallarán que los cristianos fabricaban ídolos para vender a los gentiles, que los adoraban, como hacen ahora los protestantes ingleses de Manchester y Liverpool para vender a los indios idólatras. Hallarán todas las vanidades femeninas, todas absolutamente, aun las largas trenzas, como dice Clemente de Alejandría; y hallarán vanidades en los hombres, mayores por cierto que las de nuestros tiempos, usadas para complacer a las mujeres, como expresa Tertuliano. Hallaran grandes y muy escandalosas debilidades en los Confesores mismos de la fe, es decir en aquellos que ya habían sido atormentados por los verdugos, porque no habían querido renunciar a la fe, y sin embargo se les había perdonado la vida. Hallarán graves desórdenes, escándalos en las mismas vírgenes ya consagradas a Cristo; desórdenes, escándalos que acontecían frecuentemente, como atestigua S. Cipriano que las describe. Añade el mismo Santo que antes de la persecución de Decio, en la mitad del tercer siglo los cristianos en general se entregaban con insaciable e inmoderado deseo a los intereses mundanos; que ya no había religión devota en los sacerdotes, ni fe pura en los ministros, ni misericordia en las obras, ni disciplina en las costumbres. Cuenta que los cristianos contraían matrimonio con los infieles; que no temían jurar y perjurar; y lo que es más, que también *muchos*, muchos Obispos, no cuidando de los pueblos confiados a ellos, negociaban acá y allá para acumular oro y plata. Argumenten qué santidad podía haber en las poblaciones confiadas a su celo. Describe después, cómo llegada la persecución, se presentaban los cristianos para sacrificar a los ídolos, y en masa lo hacían. Dice también que la ebriedad era tan común que ya casi no se consideraba pecado.

Pero, ¿y por qué, alguien diría, de esta manera nos hacen perder aquel cariño que teníamos por los primeros cristianos que considerábamos en general todos hombres santos y perfectos, como se nos ha dicho muchas veces y hemos leído en muchos libros? He aquí la razón porque he creído mi deber ilustrarles sobre este punto de la historia, en el que estaban en error. Los enemigos de la Comunión frecuente y cotidiana se valen de él para dar a entender que hay enorme diferencia entre la piedad de los cristianos antiguos y la de los modernos; y que en consecuencia nada vale la autoridad de los Santos Padres, que exhortaban a aquellos cristianos antiguos a la Comunión, aun cotidiana. Hagan, nos dicen, que el pueblo cristiano de hoy sea un pueblo de santos y perfectos como los antiguos y entonces valdrá para los de hoy las exhortaciones que los Santos Padres hacían a los de sus tiempos. Ven, entonces, que para quitar la fuerza a este argumento es absolutamente necesario demostrar su falsedad y probar hasta la evidencia como lo he hecho, que el pueblo cristiano antiguo estaba compuesto de miserables hijos de Adán, en los que abundaban no solo las imperfecciones, sino también las culpas y delitos, que siempre abundaron y abundan en el pueblo cristiano de los siglos sucesivos. Es necesario hacernos ver y tocar con la mano que en general la santidad de los antiguos cristianos no es sino una ilusión, un falso supuesto; piadoso, si quieren, en las intenciones de muchos, que de buena fe lo publican a los cuatro vientos; pero siempre una ilusión, siempre un falso supuesto. Había entonces en el pueblo cristiano santos en mayor número por las persecuciones y martirios y por la extraordinaria multitud de milagros que se obraban; lo que servía mucho para mantener la fe y hacer ejercitar las virtudes heroicas a los cristianos fervorosos; pero el pueblo en general era un conjunto de pecadores e imperfectos, más o menos como siempre lo fue y será hasta el fin de los siglos.

Confirma evidentemente esta gran verdad el Santo Pontífice Benedicto XIV en su obra: *De Synodo diocesana* (lib. XIII, c. 2), donde trae con mucha alabanza este bellissimo trozo del P. Francisco Ribera: *Quien juzga que entre los hombres tomados en su muchedumbre, puede*

conservarse largo tiempo la mortificación, humildad, paz y concordia de los ánimos, piensa lo que hasta lo presente no ha sucedido, ni sucederá en lo futuro. ¿Qué es, pregunta Salomón, lo que fue? Lo mismo que será. Pocos se hallaron en todo tiempo que fueran perfectos o tendiesen con toda su alma a la perfección, nunca fueron hallados muchos y por largo tiempo. El mundo ha envejecido ya; no pienso que quiera cambiar de costumbres. Lo precioso, FUE SIEMPRE RARO.

Perdóneme, porque, si para quitar un arma de las manos de los enemigos de la Comunión frecuente y cotidiana, les he hablado mal de los cristianos primitivos según los libros canónicos y la historia eclesiástica; así también hablaron los Ilustrísimos Sres. Fénélon en su carta arriba citada, y De Segur en su áureo opúsculo: *La Santísima Comunión*, muy alabada por el Sumo Pontífice Pío IX, que deseaba que se distribuyese a todos los niños admitidos a la Santísima Comunión, y la tuviesen todos los Párrocos, porque contiene las verdaderas reglas de la Comunión, según el sentido del Concilio de Trento, como él quiere que se apliquen. Era de suma importancia hacer ver que tienen valor para los cristianos modernos los testimonios de los Santos Padres que escribían para los antiguos. Luego concluiremos que a los cristianos de todos los siglos, junto a los de nuestro tiempo también les han exhortado a la Comunión frecuente y cotidiana los Santos Padres de la Iglesia; bien se entiende, con tal que tengan la conciencia limpia de pecado mortal.

7. Se resuelve otra dificultad, sacada de la falta de respeto, con que comulgarían los cristianos, haciéndolo cotidianamente.

Otra objeción considerada como gravísima según las observaciones de algunos maestros de espíritu de estos últimos tiempos, es la siguiente: Permitiendo la comunión frecuente y más la cotidiana a los cristianos imperfectos perderían aquel profundo respeto que debe tenerse para con el Santísimo Sacramento. Poco fervorosos como ya son, se suele decir, si se acercaran muy a menudo, y más si cotidianamente, a la Sagrada Mesa, con mayor facilidad comulgarían con mucha desatención e indiferencia, de manera que perderían el respeto debido al Santísimo Sacramento. Por lo tanto este es el argumento que desearían deducir; por consiguiente, para impedir la falta de respeto debe permitirse raras veces la Santísima Comunión a los imperfectos.

En primer lugar me parece cosa notable que este temor no haya preocupado a los Padres de la Iglesia; que son, como dijimos, los maestros más autorizados de espíritu, y que, como hemos visto, aconsejaban generalmente a los cristianos la comunión cotidiana. Hubieran debido advertir este peligro, y hablar de él de un modo especial por ser cosa práctica y un mal que podía acontecer probablemente todos los días. Por el contrario no se halla huella de este temor en ninguno de los Santos Padres, que, como hemos observado, respecto de la Santísima Comunión, no temían sino el sacrilegio, que según la doctrina de S. Pablo cometen solamente aquellos que comulgan en estado de pecado mortal. Ninguno entre los Santos Padres dijo jamás a los cristianos imperfectos: para no perder el respeto hacia el Santísimo Sacramento comulguen muy de vez en cuando.

En segundo lugar yo reflexiono que este temor no se tiene tampoco el día de hoy para con los sacerdotes imperfectos. Yo soy uno de ellos y conozco que tengo muchos compañeros; y por lo tanto no temo escandalizar al pueblo imprimiendo este librito, que sabe muy bien, y no se le puede ocultar, que hay entre los sacerdotes algunos imperfectos, y se lo conoce, sino de otro modo, por aquella manera con que celebran la Santa Misa, por la ligereza con que se preparan antes de ella y dan gracias después, y se ve en sus acciones, se oye sus palabras, y tiene así palpables argumentos de su imperfección. No debo temer pues escandalizar al pueblo que observa lo que él ya conoce y ve. Pues bien, es un hecho que a los Sacerdotes imperfectos se les permite celebrar todos los días la Santa Misa, sin temor de que por esta frecuencia pierdan el respeto para con el Santísimo Sacramento. A los sacerdotes no se les prohibiría celebrar la Santa Misa sino en el caso de que se hallasen en estado de pecado mortal. ¿Deberá por lo tanto decirse que la falta de respeto para con el Santísimo Sacramento deba solo temerse en los seglares que comulgan, y no en los sacerdotes que celebrando la Santa Misa no sólo comulgan, sino que además renuevan de una manera incruenta el Sacrificio de la Cruz? No me agradaría que se usase para con los sacerdotes una medida de tan excesiva indulgencia, queriendo usar tanto rigor para con los seglares.

Observo además que si la frecuencia en tratar las cosas santas diese motivo que los imperfectos faltasen al respeto de las mismas, debería acontecer lo mismo con la frecuencia de la Santa Misa, de la adoración del Santísimo Sacramento, etc.; y en consecuencia se debería exhortar a los imperfectos que escuchasen raras veces la Santa Misa y se postrasen menos para adorar el Santísimo Sacramento, a fin de que no faltaran al respeto de estas cosas.

Pero para contestar directamente distinguiría yo más bien el respeto para con las cosas santas y el sentimiento de respeto que se experimenta. Este sentimiento en verdad disminuye mucho

con el uso, y lo sabemos nosotros los sacerdotes, que celebrando la primera Misa y las siguientes en los primeros días de nuestro sacerdocio teníamos para con el Santo Sacrificio un sentimiento de respeto mayor que ahora, después de muchos años de celebrarla cotidianamente. Pero ¿deberemos acaso creer por esto que tenemos ahora menos respeto hacia el santo sacrificio, que las primeras veces que ofrecíamos en el altar? Que ha disminuido en nosotros el sentimiento del respeto hacia la Santa Misa por la costumbre de celebrarla, es evidente; pero que por lo mismo hemos de creer que nos falte sustancialmente el respeto para con este sacrosanto y tremendo acto, eso no.

Estamos todos convencidos que si una sola vez en el año se expusiese a la pública veneración el Santísimo Sacramento y se celebrase la Santa Misa, los cristianos acudirían y asistirían con mucha mayor moción de afectos y más devoto recogimiento de lo que acostumbran en las frecuentes exposiciones de Santísimo y celebraciones de la Santa Misa todos los días del año. Pero ¿se deberían por eso sacrificar los bienes que se derivan de la frecuencia de tan santos actos por aquel mayor sentimiento de respeto y más devoto recogimiento?

Además quisiera que se notara que el fin de N. S. Jesucristo en la institución del Santísimo Sacramento no fue el de hacerse respetar, sino el de hacerse amar. Estamos plenamente de acuerdo aun con los enemigos de la comunión frecuente en afirmar que su Divina Majestad en el Santísimo Sacramento merece todo el respeto, e infinitamente mayor del que le mostraron los Santos y la misma Virgen Santísima. Y así no hay duda de que estaría mal no acercarse nunca a la Sagrada Mesa, que hacerlo con falta grave de respeto; y digo *grave*, porque pequeñas faltas por nuestra debilidad cometemos muchas, no solo en la Santísima Comunión sino también las demás veces que tratamos con el Señor, alabándole, adorándole, invocándole, etc. Estamos entonces de acuerdo aun con los enemigos de la Comunión frecuente y cotidiana que debe tenerse respeto para con la Santísima Eucaristía. Con todo esto repetimos que el fin por el cual nuestro Señor la instituyó no fue hacerse respetar, sino amar. En efecto, si su fin hubiera sido conciliarse nuestro respeto ¿se hubiera por lo tanto escondido bajo las especies del pan? ¿Se hubiera puesto en las manos de los hombres y quedado en todas las iglesias, aun en las más pobres y miserables? ¿O preferido quedarse solo y abandonado día y noche? Por lo tanto no fue su fin conciliar nuestro respeto, sino excitar nuestro amor. Pero si el respeto exige que estemos a una cierta distancia conveniente de la persona respetada, el amor no sufre estar lejos de la persona amada, porque tiende a la unión. El amigo nunca dice al amigo: *Quédate más allá: amémonos desde lejos*; sino por el contrario le invita a acercarse y goza pasando con él los días enteros. Y así se ve que los mismos soberanos, sin exceptuar los que hacen alarde de su Majestad terrenal, si honran con su amistad a algunos de sus vasallos, le admiten a su familiaridad más íntima y lo quieren consigo siempre, ni sufren que haya para él vestíbulo o antecámaras; para él el gabinete del soberano está siempre abierto.

Precisamente porque se quedó en el Santísimo Sacramento para conciliar nuestro amor, ha querido Jesús quedarse bajo las especies de un poco de pan y en las manos de todos los hombres y en todas las iglesias aún las más pobres y miserable. Y lo hizo para que pudiéramos acercarnos a él de la manera más íntima y transportarnos en él, hacernos una sola cosa con él, lo que no puede hacer ningún amigo con su amigo por más que se amen intensamente.

También este sentimiento de amor, que no sufre distancia ni alejamiento, debe sin duda prevalecer al sentimiento de respeto que soporta lo uno y lo otro. Jesús goza mucho más del primero que del segundo; ni se temerá desagradarle si se sacrificase el segundo al primero. Esta doctrina, por otra parte, no es mía, sino de Santo Tomás, que dice: *Pertenece a la reverencia debida para con este Sacramento el que cada día se tome y que alguna vez nos abstengamos de él. Pero el amor y la esperanza, afectos que continuamente la Escritura nos excita, deben preferirse al temor.* (III p. q. LXXX. a. 10. ad 3) El mismo Santo Doctor confirma esta doctrina, cuando dice: *Considerada la cosa en sí misma mejor es alimentarse de la Eucaristía, que abstenerse de ella; pero en algún caso nada prohíbe que sea mejor privarse de ella; a saber, cuando alguno probablemente cree que participando de ella haya de caer en menor reverencia. Pero si estas dos cosas se comparan hallaremos que el alimentarse de este sacramento prevalece a su abstinencia, tanto por el efecto de este sacramento, cuanto por la preparación por pequeña y poca que fuese y hasta el fin por la virtud de que procede el acto de participar de él; porque el alimentarse de este sacramento es un acto emitido en fuerza de la caridad, en la que está la raíz de todos nuestros méritos.*

De esto manifiesta y se ve que, según Santo Tomás, aun en el caso de recibir frecuente y cotidianamente la Santísima Comunión el cristiano echase de ver que disminuía su reverencia hacia el Santísimo Sacramento; sin embargo se debería preferir el recibirlo que abstenerse; por el gran bien que le causaría el efecto del sacramento que es el aumento de la gracia santificante, tesoro inapreciable; por el incremento que sacaría de la preparación para recibirlo, aun cuando fuera *pequeña* y *poca*, lo cual deben notar aquellos que la exigen *mucha* y *grande*, y por el aprecio de la virtud que lo haría acercarse a la Sagrada Mesa que es la caridad.

8. No parece que deba aconsejarse la abstinencia de la Santísima Comunión.

Después de todo esto espero que nadie quiera condenarme, si yo adhiriéndome sin restricción a esta doctrina de Santo Tomás, no aconseje nunca a nadie que se abstenga alguna vez de la Comunión por un mero acto de respeto. Veo que S. Alfonso María de Liguori lo aconsejaba una vez por semana; pero también veo que él voluntariamente no quería abstenerse siquiera un día en todo el año, tampoco el Viernes Santo, día en que la Comunión no se permite sino por viático; exceptuada la del Sacerdote que celebra la Misa de los Presantificados. Ordenado yo de Sacerdote poco tiempo hacía, leía en el compendio de la vida del Santo que acompaña a la primera edición de sus obras, hecha en Turín por Marietti lo siguiente: *Ordenado de Sacerdote no sólo no dejaba nunca de celebrar la Santa Misa, dando misiones en Semana Santa, sino también procuraba volver aquellos días a casa para celebrarla y no privarse del Pan Eucarístico*. Y debo a su ejemplo el que haya siempre podido celebrar en todas las funciones de Semana Santa, todos los años desde que soy párroco, excepto los de 1848 y 1849, cuando, ¡gracias a los liberales! No pude permanecer en mi residencia. ¿No será entonces lícito gritar en voz alta a todas las personas seglares: *¡Si tienen permiso para comulgar todos los días, no dejen nunca de comulgar, excepto el Viernes Santo!(hay que tener en cuenta que el viernes Santo en esa época se recibía la Eucaristía solo por viático porque, como hasta hoy no, hay celebración Eucarística ese día)*

Veo también que abstenerse alguna vez de la Santísima Comunión lo aprobaba S. Francisco de Sales, por la razón que el alma después de algunos días de ayuno saborea más a aquel Maná Divino. Desde el cielo me perdonará, si digo que su razón no me persuade, creyendo que se deba preferir el fruto que produce, es decir el aumento de la gracia santificante, al gusto del Sacramento. *El que come raras veces, dice S. Alfonso, se alimenta, es verdad, con mayor apetito, pero con menor provecho: y así comulgando raramente tal vez sentirán mayor devoción sensible, pero será menor el provecho por haber faltado al alma el sustento que le daba fuerza para evitar los defectos. (Monja Santa, cap, 18, S. 3. n. 4)*. Lo digo francamente, prefiero el sustento que recibo todos los días de mi humilde porción de pan, que al gusto especial que el pan me causa comiéndolo más raramente. La privación de la Santísima Comunión no la sabría comparar sino a la que debiese haber practicado Adán en el paraíso terrenal del fruto del árbol de la vida, que fue la figura más expresiva del Santísimo Sacramento. Estas por otra parte son cosas libres, en las que es muy lícito disentir de la opinión de uno o más Santos, siendo del número de los que decía S. Pablo. ¿Podrían aplicarse al Pan de los ángeles las palabras de S. Ambrosio acerca de las comidas terrenales? De ninguna manera quiero hacer semejante aplicación, ni me gustaría que la hiciese un Santo.

9. Ya no es lícito decir: La Comunión cotidiana ni la alabo ni la condeno.

Quiero añadir una observación sobre aquel testimonio de Genadio, por mucho tiempo atribuido a S. Agustín: *Recibir todos los días la Comunión Eucarística, es cosa que ni alabo ni condeno*. Diré en primer lugar, que ya lo hemos visto, que S. Agustín abiertamente alaba y aprueba la comunión diaria; añado a los aducidos este otro testimonio: *Este pan es cotidiano: recíbelo cada día para que cada día te aproveche. (De Verb. Dom. serm. 28)*. Diré después, que la Comunión de cada día es muy deseada y alabada por la Iglesia universal en el Concilio de Trento y en su catecismo; ya no es lícita para nadie la expresión: *Ni la alabo, ni la condeno. En efecto, ¿Por qué no alabar lo que alaba la Iglesia? Y ¿que significado podría tener, decir que no se condena? ¡Vaya una gracia hecha a la Iglesia, no condenar lo que ella aprueba! Entonces aquel texto de Genadio, quien nunca tuvo la autoridad de Santo Padre, no podría ya tener ninguna, por mínima que fuese; y si algún maestro de espíritu, si bien fuera santo, después del Concilio y Catecismo arriba citados, quisiera valerse de él, no podría suceder tal cosa, sino por falta de consideración, es decir, por equivocación.*

10. Cómo se han de entender algunas severas expresiones de ciertos buenos maestros de espíritu.

De lo dicho hasta aquí podemos deducir de qué manera se deben entender algunas expresiones que usan ciertos maestros de espíritu y para nada enemigos de la Comunión frecuente y cotidiana, cuando parece que quieren otorgarla solo a las personas que aspiran con todas sus fuerzas a la perfección cristiana y afirman que para los que la practican se requiere una exquisita y

gran preparación. Ciertamente tales expresiones no han de entenderse en su propio y natural significado; sin embargo estarían en contradicción con la práctica antigua de la Iglesia, con la doctrina común de los Santos Padres y con el mismo Concilio de Trento y el Catecismo Romano. El Concilio de Trento desea el restablecimiento de la comunión cotidiana en el pueblo cristiano y el Catecismo Romano quiere que se exhorte a los fieles en general a practicarla; con lo cual demuestran claramente que no exigen gran santidad, ni exquisita preparación. La Iglesia infaliblemente maestra en el Concilio de Trento y con tanta autoridad en el Catecismo Romano conoce demasiado que sería cosa vana desear y buscar en las muchedumbres santidad y preparación exquisitas. Sabe muy bien que de las muchedumbres no se puede pretender más que el cumplimiento de la ley con muchas imperfecciones, y disposición ordinaria que no conoce excelencia. Cuando aquellos maestros de espíritu usaban aquellas expresiones debían hablar enfáticamente, más como oradores que mueven los afectos, que como teólogos que iluminan con cuidado los entendimientos. Aquellos maestros de espíritu, llenos y rebosantes de amor, de reverencia, y casi diría de un terror sagrado por la Majestad de Cristo en el Santísimo Sacramento, hubieran querido ver en todos la perfección de vida que ellos tenían y verter en todos la plenitud de afectos santos con la cual se acercaban a la Santísima Comunión. Entonces, movidos más por el corazón que por convicción del entendimiento les aconteció lo que S. Buenaventura notó de S. Agustín, quien a veces según el es: *Dice más de lo que quiera que se entienda*. Pero si sus severas expresiones de todas maneras debieran entenderse al pie de la letra, como suenan, no hay duda a que a estas expresiones se deberían preferir, como autoridades mucho mayores que son, la práctica de la Iglesia antigua, la doctrina de los Santos Padres, el sentir del Concilio de Trento y del Catecismo Romano. Y también para refutarlas bastaría la práctica universal de hoy que no exige ni mucha santidad, ni exquisita preparación, a quienes más razonablemente debería exigirse, es decir, a los sacerdotes que cada día comulgan, celebrando la Santa Misa; a pesar que no son todos grandes santos ni siempre están preparados de manera adecuada.

11. Qué se ha de inculcar a los fieles.

Por lo tanto, dirá alguno ¿se deberá proponer a los fieles, que comulguen todos los días, excepto el Viernes Santo, con tal que no tengan la conciencia manchada con culpa mortal?

Aquí llegamos a la prometida conclusión. Deberá predicarse a los fieles que los antiguos cristianos en general comulgaban todos los días, se entienda bien, no teniendo el alma manchada con pecado mortal: que el Sacrosanto Concilio de Trento desea que se renueve en el pueblo cristiano aquella santa costumbre; que el Catecismo Romano inculca a los párrocos que exhorten a menudo a los fieles a practicar la Comunión cotidiana; que el Sumo Pontífice Inocencio XI desea que se deje libre, aun a los seglares y a todo género de personas. Por todo esto se deberá predicar a los fieles que será cosa santa, provechosa, de gran gloria a Dios y de mucha edificación al prójimo comulgar aun todos los días. Se concluirá esta exhortación e instrucción con la advertencia que pone en su decreto el Pontífice Inocencio XI, a saber, que los fieles dependen de sus confesores, en cuanto a la mayor o menor frecuencia de la Sagrada Mesa; pudiendo haber motivos por los cuales la prudencia y utilidad espiritual de los penitentes requieran alguna modificación en esta misma frecuencia.

Para esto, sin embargo, se observarán dos cosas; por una parte de los directores espirituales, y la otra de parte de los penitentes.

12. Advertencias para los directores espirituales.

Los directores espirituales, o Confesores cuidarán bien de no remitirse al juicio de algunos maestros de espíritu modernos, que son evidentemente rigurosos en demasía para permitir la comunión frecuente y más la cotidiana. Y digo *que son evidentemente muy rigurosos*, porque están en pleno desacuerdo con la práctica de la antigua iglesia, doctrina de los Santos Padres, etc., etc., como hemos dicho muchas veces ya. Mientras estas autoridades aprueban, alaban y promueven la comunión diaria para todo género de personas, ellos la condenan expresamente, parece que temen su práctica y dan tantas advertencias y restricciones que ya no se podría permitir sino a poquísimas almas privilegiadas. Si los directores de espíritu consultaran a semejantes maestros modernos prohibirían la comunión frecuente, y más la cotidiana, a muchísimas almas a quienes no deberían, y serían causa de que las mismas sufriesen grandes pérdidas de bienes espirituales que para ellas dimanarían de la Comunión frecuente y diaria.

Consideren los confesores que no son dueños sino administradores de los bienes de Dios; por manera que no tienen autoridad para negarles a su antojo, sino solo cuando conozcan que serían profanados o al menos conferidos inútilmente y sin fruto. Consideren bien los Confesores que único substancial impedimento para la Comunión, aun cotidiana, es el pecado mortal; y que toda vez que el cristiano la recibe en gracia, recibe necesariamente otro aumento de gracia producido por la virtud intrínseca de los sacramentos. Consideren que si el cristiano está nada más apenas adornado con la gracia santificante, solo por esto es digno de la Santísima Comunión; por la incomparable dignidad conferida por la misma gracia. Consideren que los pecados veniales no son impedimento para la Santísima Comunión, mas bien quedan borrados por ella. Consideren que el efecto de la Comunión hecha en estado de gracia es una virtud particular para vencer las tentaciones y no caer en pecado mortal, como enseña el Concilio de Trento; y por lo tanto la Santísima Comunión nos preserve de caer en el mayor de los males; y nadie podrá condenarme, si quiero suponer que esta virtud infundida en el alma por el Santísimo Sacramento sea mayor que la que puedan infundir las Misas oídas, los Oficios y Rosarios rezados, las meditaciones, ayunos y demás mortificaciones y penitencias. Antes de prohibir al cristiano, una sola vez siquiera, el medio más eficaz para que no caiga en pecado mortal, yo ciertamente lo pensaría muy bien. Consideren todavía la liberalidad con que concedían la Comunión, aun la cotidiana, los más autorizados maestros de espíritu, los Santos Padres. Consideren el deseo muy racional y de no improbable ejecución, del Sacrosanto Concilio de Trento, y la exhortación a los Párrocos del Catecismo Romano. Consideren todas estas cosas y nieguen después la Comunión frecuente y diaria, tan sólo a aquellas almas a quienes creen deber negársela según las luces de una prudencia verdaderamente cristiana. Estoy convencido de que después de estas consideraciones muchos Confesores sentirán ensanchado su corazón y con gran fruto de las almas les permitirán con generosidad la Santísima Comunión.

13. Advertencias para los penitentes.

Lo que deben observar los penitentes es procurar no sólo evitar el pecado mortal sino de llevar vida muy buena y fervorosa, para estar así mejor dispuestos para la comunión frecuente y también diaria. Sin esto sería muy difícil que quisieran frecuentar la Santísima Comunión; es mas, sería muy difícil que quisieran de verdad frecuentar la Santísima Comunión; mas bien sería muy difícil que tuviesen ánimo para vencer el respeto humano, que deben vencerlo en nuestros días aquellos que se acercan a menudo a la Sagrada Mesa. Así también sus confesores se animarán a concederles la mayor frecuencia a la Santísima Comunión. Aun los más rigurosos, que quizás no hagan todas las consideraciones arriba citadas, viendo que sus penitentes llevan vida buena y fervorosa se darían cuenta que es injusto negarles la Santísima Comunión frecuente.

Pero teniendo que buscar un confesor o siendo conveniente cambiar el que tienen, suponiendo que los sujetos sobre quienes puede caer la elección sean todos buenos igualmente, prefieran uno entre los que conocen ser más inclinados a conceder la Comunión frecuente. No les deberá parecer extraña esta frecuencia si se considera que esos confesores siguen mejor el sentido de las autoridades ya citadas; que de ellos obtengan los fieles la mayor frecuencia sería su máximo bien, el Santísimo Sacramento. Entonces no puede haber dudas, que quienes elijan por confesor a uno de entre estos, sacarán mayor provecho espiritual.

¿Qué debería hacer un alma que por cualquier motivo no pudiese llegar a esta elección y estuviese obligada a confesarse con un sacerdote poco flexible a concederle la comunión frecuente? He conocido a una señorita que ya pasaba los veinticinco años de edad y por lo mismo debía suponerse que tenía un juicio maduro, su confesor temía dos cosas: el voto de castidad y la Comunión frecuente. El voto de castidad se lo permitía propiamente como dosis homeopática de mes en mes; y la Comunión sólo tres veces por semana. Deseaba ella que le permitiese hacer el voto perpetuo y comulgar cada día. Pareciéndole entonces tener justos motivos para no dejar a aquel confesor, y queriendo al propio tiempo satisfacer sus santos deseos, se dirigió a otro para obtener un consejo. Este, examinado el estado de su conciencia le sugirió que continuase confesándose con aquel simplemente para recibir la absolución cada semana, según su costumbre; pero asimismo que eligiese otro director a quien de tiempo en tiempo se presentase para obtener una regla de espíritu y por lo tanto dependiese de él acerca del voto y de la Comunión. Eligió ella ese mismo; y éste le dijo que hiciese enseguida voto perpetuo de castidad y lo renovase cada mes, cuando su Confesor le permitía; que comulgase diariamente, y que interrogada por el confesor cuántas comuniones había hecho, le contestase, que las tres permitidas: lo que era verdad, porque entre las siete comuniones hechas, durante la semana estaban también las tres. Ella practicó el consejo con gran consuelo de espíritu. El confesor se quedó con sus temores; y ella con la satisfacción de haberse consagrado

perpetuamente a Dios en el estado de pureza por medio del voto que es su salvaguardia; y recoger el fruto más que duplicado de los efectos del Santísimo Sacramento. ¿No sería este un ejemplo imitable?

14. Si se puede permitir la Comunión frecuente y cotidiana a los cristianos que no pueden confesarse cada ocho días.

Ciertas costumbres cuando llegan a generalizarse se consideran como verdaderas leyes que obligan; y tal quizás para muchos ilustrados es la costumbre de confesarse cada ocho días, cuando quieren comulgar cotidianamente. Es digno de observarse que si bien es buena costumbre la confesión semanal, para las personas que comulgan con frecuencia o todos los días, pero no hay necesidad ninguna de ella. Los antiguos cristianos, como refiere San Alfonso de Mons. Milante, ordinariamente no se confesaban sino los pecados mortales: *Hasta el octavo siglo no había costumbre de confesar sino los pecados mortales tan solo*. Para las imperfecciones y pecados veniales tenían pronto el *Padre nuestro* y con el *Perdónanos nuestras deudas*, rezado con corazón contrito, se acercaban a la Santísima Comunión. Vean para este propósito las palabras de S. Agustín, que leemos durante la Octava de Corpus: *Acérquense al altar en estado de gracia. Para los pecados cotidianos, con tal de que no sean mortales, antes de acercarse al altar procuren decir: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Si perdonan, se los perdonará: Acérquense con seguridad, que la Eucaristía, es pan y no veneno*. He aquí como S. Agustín no obligaba, ni siquiera exhortaba a los cristianos a confesarse antes de la Comunión, si tenían pecados veniales, y tan solo los exhortaba a rezar el Padre nuestro. Ni se halla otro Padre que exigiese antes de la Comunión la Confesión de los pecados veniales. Por esto es de creer que los cristianos que vivían en estado de gracia, no solo no se confesaban cada semana; ni tampoco cada mes.

Y debe observarse que no puede ser necesaria ahora para hacer una santa Comunión una disposición que no se creía necesaria anteriormente. Lo que bastaba para comulgar bien, siglos atrás, basta sin duda para comulgar bien ahora; excepto el caso en que la Iglesia hubiese dictado alguna ley contraria. Pero como esta ley no ha salido, se sigue en que el cristiano obteniendo permiso del confesor puede comulgar sin confesarse, con tal que no haya caído en pecado mortal como comulgaban los antiguos cristianos.

Diremos entonces, que si el cristiano tuviese la posibilidad para confesarse cada semana no lo omita, porque es una buena costumbre y óptima disposición para la Comunión frecuente y diaria; pero sería también gran error dejar de comulgar si no se tuviese esta posibilidad. El confesor ilustrado no hará observación a los ocho, diez o quince días; observará la vida que lleva su penitente, la utilidad que puede sacar de la Santísima Comunión, y así le permitirá comulgar, aun cada día, pasados también ocho o quince días después de la confesión. El penitente no tendrá escrúpulo para valerse del permiso, o para pedirlo, a fin de no quedar defraudado del bien inmenso de Santísima Comunión.

Esta observación es de suma importancia para los lugares donde los confesores son pocos; para que aun en estos lugares se pueda frecuentar la Santísima Comunión. Allí es necesario que los confesores reconozcan ser perjudicial al exigir la confesión semanal, aun para la Comunión cotidiana, como disposición indispensable; y así deberían enseñar a sus penitentes que no hay necesidad de ella y por lo mismo animarlos para que después de los ocho o quince días continúen recibiendo la Santísima Comunión, con tal de que no cometan durante ese tiempo pecados mortales, que se lo impidan.

Es evidente que en los lugares donde son pocos los confesores, no hay otro medio, si se quiere promover la Comunión frecuente y diaria que quitar esta prevención. Por otra parte ¿deberá entonces sacrificarse, es decir, impedirse un bien tan grande como es la Comunión frecuente y cotidiana por respetar una materialidad de días, no prescrita por autoridad alguna? Me dirán que el recibir con más frecuencia el sacramento de la Penitencia no es materialidad y tendrán razón; pero si quieren observar la cosa por este lado ¿por qué no se deberá prescribir la Confesión sacramental, dos, tres, cuatro o más veces por semana? S. Leonardo de Puerto Mauricio se confesaba cada día; Santa Brígida tres veces al día, porque tenían posibilidad: pero dado el caso de que no la hubiesen tenido ¿hubiera hecho bien S. Leonardo omitiendo el celebrar la santa Misa o Santa Brígida dejando la Comunión? Dispensando en esos lugares a las personas devotas de la confesión semanal se obtendrá un bien mayor que la misma confesión, es decir un número de Comuniones que infundirán en el alma mayor abundancia de gracia que la confesión. Además, con la hipótesis de que esta

confesión se debiera omitir por deficiencia de confesores, se perdería la confesión y la Comunión; sería pura pérdida sin ninguna ganancia.

Pero, aquí se dirá que los cristianos confesándose más raramente se acercarán a la Sagrada Mesa con menor pureza de conciencia y por lo mismo menos dispuestos. Respondiendo a esto, aquella pureza de conciencia que adquiriesen mediante la más frecuente confesión sacramental se la procurarían con los actos de contrición y amor de Dios, que podrían entonces multiplicar como expresamente enseña San Alfonso diciendo: *Cuando la persona no tuviese posibilidad para confesarse, a pesar de alguna culpa venial, como dice San Francisco de Sales, no por esto debe dejar la Comunión, pudiendo obtener su remisión con la contrición o acto de amor.* Y lo mismo podrán obtener con el rezo del *Padre nuestro*, usado por los antiguos para este fin, como también con el uso de los demás Sacramentos. Agregamos que la Santísima Comunión, borrando, como hemos visto, los pecados veniales, producirá Ella misma aquella mayor pureza que se desea; pero si el cristiano, por no poder confesarse cada ocho días omitiese la Santísima Comunión, no recibirá de ningún modo aquella pureza de conciencia; ni por la confesión, porque no la hace, ni por la Comunión, que la omite. Entiéndanlo bien, dice Mons. de Ségur, *entiéndanlo bien; ya no la confesión, sino la Comunión, de la que tienen miedo, fue instituida para borrar nuestras faltas diarias.* Y cierto, la confesión, si bien quita los pecados veniales, también fue instituida para los mortales.

Después de todo esto, pienso yo que no podrá haber ninguna duda razonable sobre la frecuencia, con la que será bien que se acerquen al Banquete del Divino Amor. Esta frecuencia será la mayor que fuese posible, de manera que cuantas veces pudiesen comulgar durante el año, no dejen ni una sola de acercarse a la Sagrada Mesa. *Les digo ni una sola*, porque este Maná del Cielo, este Pan de los Ángeles, este fruto del árbol de la vida no puede hacer mal a los hijos de Dios, más bien necesariamente aprovéchalo siempre, como hemos visto con Santo Tomás. Acérquense, entonces, al Banquete del Divino Amor; acercarse, cada día si pueden. Si son hijos de Dios por la gracia santificante, la Santísima Comunión no les hará mal nunca, siempre les hará bien. Acuérdense, como decía Santa Teresa de Jesús, con el Banquete del Divino Amor se alimentaran con *la médula de las entrañas de Dios.*

CAPÍTULO V

EL CELO NECESARIO PARA PROMOVER LA FRECUENCIA AL BANQUETE DEL DIVINO AMOR

1. En la Comunión frecuente se halla todo el bien que puede hacer el hombre para honra de Dios.

Hay muchos bienes para promover en la Iglesia de manera que podamos honrar a Dios; las mortificaciones, meditaciones, liturgias sagradas, la vida religiosa, las obras de misericordia espirituales y corporales; que todos estos bienes merecen que se promuevan con gran celo porque de ellos proviene el honor a Dios. Me parece sin embargo que así como en el Santísimo Sacramento se halla todo el bien con el cual Dios puede atestiguar al hombre su amor, así también se halla en la frecuencia del Santísimo Sacramento todo el bien que puede el hombre hacer para honrar a Dios, y esto por dos motivos, es decir, honrándole directamente con la Santísima Comunión y de un modo indirecto con los efectos producidos por su frecuencia.

2. Honor que se da a Dios directamente con la Santísima Comunión.

Aquí no me alargaré en hablar del honor que se da a Dios con la Santísima Comunión, porque es evidente que es la obra más santa que se puede hacer. Ni el rosario, ni el oficio divino, ni la meditación, ni la visita al Santísimo Sacramento, ni la profesión de la vida religiosa, ni la limosna, ni la oración por la conversión de los pecadores, ni todas las demás obras de cristiana piedad y caridad pueden compararse con la Comunión Sacramental; en la que el hombre recibe no simplemente un don de Dios, sino a Dios mismo, y donde encuentra sustancialmente todo lo bello, todo lo bueno del paraíso. Y cierto, no puede haber en el Paraíso un bien más sustancial que no esté en el Santísimo Sacramento. El Paraíso en sí es la posesión de Dios; y nada menos es la Santísima Comunión. Estudie quien quiera poder hacer en su vida una cosa tan santa, como la Santísima Comunión, y pienso que no se puede hallar. Entre las obras por sí santas, la Santísima Comunión es la mayor en santidad. Se sigue de ahí por lo tanto que la Santísima Comunión es acción altamente honorífica para

Dios e infinitamente honorífica, cuando se realiza en el Sacrificio de la Misa, al que es necesaria por esencia.

3. Honor que se da a Dios indirectamente con la Santísima Comunión y en primer lugar por la pureza de conciencia en que se mantienen las almas que la frecuentan.

Seré más extenso al tratar del honor que se da a Dios indirectamente con la Santísima Comunión, es decir por los efectos que produce su frecuencia; este honor no es tan fácil que se conozca, si no se considera atentamente. Y yo diría que cuanto honor se da a Dios por las demás obras de cristiana piedad y caridad se da también por la frecuente y más por la cotidiana Comunión.

Y aquí es necesario ver a un cristiano que a menudo y aun todos los días se acerca a la Sagrada Mesa, bien se entiende con las buenas disposiciones que se suelen hallar en aquellos que tienen una santa práctica.

El que comulga con frecuencia singular, se acerca también muy a menudo a la confesión sacramental de la que recibe aumento de gracia y fuerza particular para no caer en pecado y encomendarse de los defectos cotidianos. Lo mismo obtiene y en mayor abundancia de la Santísima Comunión. Pero además debe considerarse la particular vigilancia con que vive el cristiano para no caer en pecado, no ya grave, que le impedirían seguir comulgando, ni tampoco leves plenamente advertidos; mientras nos enseña la práctica que las almas piadosas, que tienen permiso de su director para comulgar cada día o al menos algunas veces por semana, caen en venialidades advertidas y se desaniman para seguir comulgando sin confesarse antes, y aunque saben que la comunión hecha con pecados veniales es sin embargo buena, no obstante comulgarían con pena; y por lo mismo para hacerla en paz y tranquilidad andan muy cuidadosas para no cometer nunca pecados advertidos, ni siquiera veniales. Esta no es suposición, sino hecho constante, como saben los que tienen práctica en la dirección de las almas.

Con este medio los jovencitos y especialmente las niñas, en las que mejor se desarrolla y cultiva la piedad, tanta diligencia ponen en no cometer pecados, que llegan a una admirable pureza de conciencia, más de lo que podría suponerse en su ligera, irreflexiva e inconstante naturaleza. ¿Cuántas veces con este medio obtiene el confesor que niñas, al muy poco tiempo de ser admitidas por primera vez a la Santísima Comunión adquieran esta rara pureza? A veces se las ve deseosas de hacer varias comuniones entre semana y admito que tal vez sea esto con la intención de hacer lo que ven a las demás. Entonces el confesor, que debe atender para que aprovechen las almas en todas sus buenas inclinaciones, aunque vayan acompañadas de algún defecto, aprueba el piadoso deseo, y muestra querer contentarlas con tal que ellas procuren no caer deliberadamente en las faltas de que se acusan, diciéndoles: Les permito varias comuniones con tal que durante estos días se cuiden del pecado advertido. Deseosas como están de comuniones, aceptan la propuesta y cuidando con toda vigilancia de mantener la promesa, y llegan hacer lo que no sería muy racional esperar de su inconstancia natural. Muchas veces un confesor practicó este método con personas de cualquier edad deseosas de la Comunión frecuente. ¿Desean, les decía, hacer muchas comuniones? Cuidense del pecado plenamente advertido y comulguen todos los días hasta que lleguen a la seguridad moral de no cometerlo más. El deseo, el empeño de hacer muchas comuniones era motivo eficaz para el esfuerzo y poder perseverar semanas enteras sin caer advertidamente en aquellas faltas, cuando antes caían muchas veces al día; y así recibirán aquella pureza de conciencia que de otro modo jamás hubieran tenido.

Con esto no se quiere decir que la comunión frecuente y diaria se tenga que conceder solo a las almas que evitan todos los pecados veniales plenamente advertidos: esta teoría destruiría todo cuanto se dijo más arriba. Puede permitirse también a las almas que caen en estos pecados, como siempre se la permitieron los Santos Padres y como enseña la más clara razón teológica. Pero no impide que el confesor use el método indicado si prevé que será eficaz para llevar a ciertas almas a mayor pureza de conciencia. Si este método de permitir la Comunión frecuente y cotidiana es sólo para las almas que no caen en pecados veniales plenamente advertidos, se usase con todas las almas indistintamente, sería exceso de muy reprobable rigor; por el contrario usado con las que se prevé sacarán mayor pureza de conciencia es argumento muy laudable de cristiana prudencia.

Pero volviendo a nuestro propósito, es una verdad no solo teórica sino también práctica que por la virtud especial del Sacramento y el mayor esmero que tienen las almas para no caer en pecado, sacan de la comunión frecuente y más todavía de la cotidiana, una pureza especial de conciencia que no podrían igualmente obtener por otros medios.

4. Importancia de la pureza de conciencia para conseguir la perfección en cualquiera virtud.

Esta pureza de conciencia es el fundamento de la vida espiritual, la condición esencial para llegar a la perfección. ¡OH! ¡En que buen estado se halla el alma cuando no solo está limpia de todo pecado mortal ante los ojos de Dios, y por lo tanto siempre es su hija y esposa, sino que además está en la divina presencia siempre limpia de todo pecado venial plenamente advertido! ¡Se halla en un estado muy envidiable por cierto! Para ella debe ser toda la abundancia de las gracias divinas; porque para Dios no es suficiente verla pura, sino también rica, según conviene a su hija, a su esposa.

Pero esta riqueza proviene particularmente de la misma fuente, de la frecuencia de la Santísima Comunión. Y proviene porque aumentando siempre la gracia, con igual proporción se aumenta el Amor Divino; y aumentándose éste, aumentan todas las virtudes, a que la gracia y el amor añaden esplendor y merecimiento. Pero, si esto sucede diariamente, imaginen qué riquezas de virtudes y merecimientos adquiriría el alma! ¿Creen que podría obtenerse otro tanto con lecturas devotas, meditaciones, rosarios, oficios, ayunos, limosnas, buenos consejos y exhortaciones? Si conocemos la eficacia de los sacramentos y en particular de la Eucaristía, no lo podremos suponer jamás.

Pero no crean que yo quiera aminorar la preciosidad y mérito de tales prácticas devotas y caritativas; no quiero ciertamente disminuir ni una ni otra cosa y reconozco su grandeza junto con todos los maestros de espíritu; mucho menos quiero inspirarles sentimientos de descuido o indiferencia hacia las devociones y obras piadosas, mas bien quiero demostrarles como mediante la Comunión frecuente y cotidiana podrían crecer, quizás sin darse cuenta, en la estima de las mismas y practicarlas mejor de lo que harían de otro modo.

5. Todas las obras de cristiana piedad y caridad la practican mejor aquellos que frecuentan la Sagrada Mesa.

Es necesario advertir que las devociones y obras piadosas indicadas no deben practicarse de igual manera por todos. Los directores espirituales han de ver en qué medida y frecuencia puedan ser necesarias u oportunas para cada sujeto. Entonces aquellas lecturas, meditaciones, rezos, mortificaciones y obras de caridad que sean aptas y reducibles a la práctica para cada individuo, serán determinados por el prudente director. Porque no cabe duda que aquellas obras religiosas y caritativas que él asigne no se practicarán nunca mejor que desde el momento en que comulguen frecuente y cotidianamente.

En efecto, aprovechando esto más que cualquier otro medio para aumentar la gracia y amor de Dios en las almas, y por lo tanto protegiendo, aumentando y perfeccionando en las almas todas las virtudes, síguese que las personas que frecuentan la Sagrada Mesa sentirán más fervor por las cosas santas, y tendrán menos impedimento en la natural pereza para practicarlas. Y así me parece que quien quiera promover las lecturas piadosas, las meditaciones, los rezos, las mortificaciones, las obras de caridad, espiritual y corporal, lo puede hacer promoviendo la Comunión frecuente y cotidiana. Me parece ser este un medio que valga por todos y por cada uno de los que se pueden usar para promover todos los bienes espirituales citados.

Se estudió siempre para hallar una medicina que curase todas las enfermedades y confirmase a las personas en perfecta salud; pero en vano. Siendo tantas las enfermedades y tantas las causas y procedencias; siendo tantas y tan diferentes las necesidades del cuerpo humano para que pueda gozar constantemente de salud perfecta, no se pueden obtener aquellos dos resultados con una sola medicina. Pues bien, lo que inútilmente se buscó para el cuerpo, se nos presenta con espontaneidad para el alma; una medicina universal que cura todas sus enfermedades y consolida su perfecta salud; y es precisamente la Comunión frecuente y cotidiana.

Si es así, como parece hasta la evidencia, ven con cuanto empeño se ha de promovido la frecuencia al Banquete del Divino Amor. Vean aquí que con un solo medio pueden obtener todos los fines, que de otro modo, y siempre con menor eficacia, obtendrían con multiplicados medios y por lo tanto con mucho más trabajo y mayor solicitud.

6. Los que frecuentan la Santísima Comunión rezan mejor.

Noten especialmente en cuanto a la oración que las almas que frecuentan a la Sagrada Mesa, más llenas de la Unción del Espíritu Santo, mejor que las demás estarán dispuestas para orar, y quizás con gemidos inenarrables, de los que habla S. Pablo; es decir con aquellos que solo el Espíritu Santo realiza en la oración. Pero cuanto mejor es la oración, es más eficaz; y aquellos

gemidos no los dejan de escuchar la bondad divina, porque son oración más divina que humana, habiendo en ella una particular divina moción que diviniza la súplica del hombre. Por eso los que frecuentan la Santísima Comunión obtendrán más fácilmente gracias para sí, para los demás y para la Iglesia universal; un cúmulo de bienes para sus personas, para los prójimos y para el pueblo cristiano.

7. La frecuencia de la Santísima Comunión produce un amor casi encantador para la castidad perfecta.

Pero entre los bienes que produce la frecuencia del Banquete del Divino Amor hay algo particular, del que es necesario hablar expresamente, porque de otro modo pasa sin ser observado. Es el amor a la perfecta castidad producido en las almas por la frecuente Comunión. Aquí parece que sucede una especie de encanto. Cada uno conoce cuan ajena es la perfecta castidad de las inclinaciones de los hijos e hijas de Adán; cada cual conoce la guerra incansante que le mueve la más prepotente e indomable de entre las pasiones. Es imposible hallar amor verdadero para aquella virtud entre las personas que no tienen fe: como mucho tendrán estima de ella por aquel heroísmo que reconocen en ella, si acaso la creyeran posible en la realidad. Pero generalmente los mismos cristianos están llenos de prevenciones contra ella y con mayor o menor malicia y advertencia la combaten: si bien no pueden condenarla en sí misma sin renegar de la Tradición y de la fe de la Iglesia, confirmada en el Concilio de Trento, donde está escrito: *Si alguno dijese que el estado conyugal debe anteponerse al estado de virginidad o celibato, y que no es mejor y más feliz cosa quedarse en virginidad o celibato que juntarse en matrimonio, sea excomulgado*; no obstante de muchos modos la combaten y desaprueban en quien quiera que la abraza, considerando por lo menos como extraño pensamiento el seguir la castidad perfecta. Los mismos padres, aun los que se muestran piadosos, impiden especialmente a sus hijas, que conozcan este santo y feliz estado de la virginidad; velan porque nadie les hable de ella; e impiden que lleguen a sus manos libros que traten de ella con entusiasmo. Y es admirable que esta costumbre dure desde toda la antigüedad y que siempre se renueven los ejemplos de aquellas madres que impedían a sus hijas escuchasen a S. Ambrosio y a sus hijos a S. Bernardo, por el temor de que aquellas y éstos se enamorasen de tal virtud, a la que habiendo ellas renunciado, quisieran que también renunciaran sus hijos. Si, no hay duda que la perfecta castidad es virtud muy ajena de las inclinaciones humanas y en la práctica la más combatida por el mundo.

Veamos ahora la especie de encanto que produce la Comunión frecuente. En primer lugar debe notarse que solo la Santísima Comunión hace posible en la práctica esta virtud que no se halla sino entre los verdaderos cristianos. Se maravillaba uno porque entre los protestantes no podía florecer ni subsistir una sola comunidad de personas vírgenes, mientras que en la Iglesia Católica subsisten un sinnúmero de ellas. *No se maravillen*, se le contestó; *los protestantes no tienen la Santísima Comunión*: y la respuesta era muy cuerda; pero el hecho prueba que no se hallan personas que cultiven con éxito la castidad perfecta, sino entre las que se acercan a la Sagrada Mesa.

Si se habla de la Comunión frecuente y diaria se ve en ella una virtud sorprendente que parece obrar, y lo repetimos, como por encanto. Aquellas personas que son tan ajenas a la castidad perfecta; que tienen poderosas inclinaciones contrarias a ella en especial en el fervor de la edad; que tienen poca o ninguna instrucción acerca de su preciosidad; y más bien que no oyen hablar de ella sino con desprecio, que se acerquen y frecuenten mucho la Santísima Comunión y mejor sería si es cotidiana, se sentirán casi sin apercibirlo, cambiadas en sus inclinaciones y deseos, notarán que el estado de virginidad y celibato les parecerá que es el que más les conviene y el más natural; y al contrario mirarán como ajeno para sí y como extraño el otro estado. Esto es lo que acontece aun cuando no les faltan molestias y tentaciones, que Dios les deja para ejercicio de virtud. Ellas ya tienen hecho el propósito: no cuidan ahora sino de evitar el pecado a cualquier precio, y tanto aman la virtud aunque les cueste sacrificios y combates, que no solo quieren absolutamente custodiarla, sino que por el temor de cambiar de voluntad algún día se exigen mantenerla con voto y aun perpetuamente si se lo permiten. Y sino, muchas veces en este caso no están satisfechas, ni dejan de importunar a su Director, hasta que se lo permita. Y sorprende mucho que en su propósito estén tan firmes, que rehúsan todo partido de casamiento aun el más ventajoso, y para ellas, por más que sean de condición humilde, no tuviera ningún atractivo ni tampoco la mano de un príncipe o de una princesa. Y están además prontas para sostener las acerbos y largas luchas de los parientes, que se enfurecen por vencer su constancia; ni las mueven los dictámenes, censuras y desprecios del mundo insano, ni las mismas desaprobaciones de aquellos que por obligación de su ministerio deberían alentarlas en su santo propósito.

Lo cual no sucede con ningún otro género de obras buenas. Y en verdad: hagan que oigan muchas Misas y recen muchos rosarios, y practiquen novenas devotas, y socorran los pobres, asistan a los enfermos, y oren por los vivos y los difuntos, no sucede aquella mudanza, o digo cambio de naturaleza. Se harán por cierto, personas buenas, piadosas y trabajadoras; también estarán listas para quedarse en estado de virginidad y celibato, no presentándose un partido ventajoso; pero no las hallaran aficionadas, apasionadas de la castidad perfecta si no frecuentan la Santísima Comunión. Tan solo esta frecuencia obra aquella especie de encanto y no hay otro medio de obrar. De lo cual, quizás por instinto se den cuenta los padres, y de un modo especial las madres que desconocen y no comprenden este estado de vida, quieran casar a sus hijas, e impidan sobre todo la frecuencia de la Santísima Comunión. Permiten esas madres, si no son del todo creyentes, que sus hijas participen a Misa, hagan novenas, visiten los santuarios, etc., pero no pueden tolerar que frecuenten la Sagrada Mesa, sabiendo que si tolerasen, no podrían ya tener la fortuna, como ellas dicen, de darles estado. Parece que conocen que si por poco tiempo sus hijas saboreasen todos los días o a veces, el fruto bendito de las entrañas de María, todo pensamiento de matrimonio se borraría de su mente y seguirían a María bajo la bandera de la virginidad, que Ella tiene levantada, y ya no dudarían que aquel Jesús, que siempre las alimenta, deba ser para siempre su único esposo.

De esta especie de particular encanto yo tengo larga y constante experiencia. He visto siempre que las niñas piadosas que frecuentan todos los días o al menos muchas veces por semana la Santísima Comunión, después de poco tiempo se deciden a abrazar la castidad perfecta. Lo mismo también sucede con las viudas piadosas, a pesar de haber quedado así en la flor de su edad; si se dan a aquella frecuencia, ya para ellas no hay partido aceptable sino el celibato. No hace mucho confesaba yo a un joven, que por lo que pude entender tenía intención de casarse; y como me parecía era de conciencia muy delicada, le había mandado comulgar todos los días que pudiese; no se necesitó más, para que después de algunos meses me hiciese entender, que ya no tenía aquella intención.

De lo cual no se puede sino concluir que promover la Comunión frecuente y en especial la cotidiana, es lo mismo que promover el bien inapreciable que Santa María Magdalena de Pazzis, hablando en éxtasis, denominaba el *Paraíso en la tierra*, dejado por la Virgen María, cuando subió a los cielos; como ella decía: *Paraíso en la tierra; porque como en el cielo están todas las perfecciones, gracias y virtudes; así en el estado de virginidad consiste toda perfección de virtud que se pueda obtener en la tierra; no porque la virginidad sea la perfección de todas las virtudes, sino porque es el más apto instrumento para adquirirlas*(Extasis de 14 de agosto de 1593).

De estas palabras dictadas por sabiduría celestial se viene a conocer que promoviendo la castidad perfecta se promueven todas las virtudes en su mayor perfección, en cuanto no hay en la tierra instrumento más apto que la castidad perfecta para conseguirlas. Se ve en efecto que los Santos generalmente hablando son productos de la virginidad y del celibato. Demuestra la historia que exceptuados los Santos Mártires, todos los demás que fueron elevados a los honores de los altares han muerto todos en estado de virginidad o viudez, por lo tanto se pueda decir que, si quieren hacerse Santos, sean castos en castidad perfecta. Por lo cual así se llega a conocer que promoviendo la Comunión frecuente y cotidiana es lo mismo que promover la perfección de todas las virtudes y promover en la Iglesia la propagación de los Santos.

8. Promoviendo la castidad perfecta se promueven los supremos intereses de la Iglesia.

Ni esto basta todavía. Promover la castidad perfecta es promover los intereses de la Iglesia, más aún, proveer a una suprema necesidad suya. La Iglesia tiene necesidad suprema de Sacerdotes, sin los cuales no podría absolutamente subsistir, y tiene necesidad de gran número de ellos a fin de que se provea a las necesidades del pueblo cristiano. Pero todos ellos deben ser amantes de la perfecta castidad sin la cual quedaría como aniquilado el Sacerdocio católico. Entonces si muchos son los que mediante la eficacia de la Comunión frecuente y cotidiana abrazan el estado de castidad perfecta, se desarrollarán entre ellos numerosas vocaciones al estado eclesiástico y la Iglesia se proveerá mejor de sacerdotes. Y esta necesidad se siente más en nuestros días que por la infelicidad de los tiempos se hacen siempre más escasas las vocaciones eclesiásticas y por lo mismo van faltando siempre más a la Iglesia los sacerdotes necesarios para la cultura del pueblo cristiano, y también para la conversión de los no creyentes: que por otra parte por las comunicaciones tan facilitadas mejor que antes se les podría iluminar con la luz del Evangelio.

Además la Iglesia necesita dar auxiliares a los sacerdotes en la obra del cultivo del pueblo cristiano y de la conversión de los no creyentes. Necesita para esto comunidades religiosas de ambos sexos en las que se practican los consejos evangélicos, y se aspira por los medios más eficaces a

conseguir la perfección cristiana. Necesita de personas que aun viviendo en el mundo tengan celo por la gloria de Dios y la salud de las almas; y mucho más las necesita para aquellos lugares de los cuales las comunidades religiosas han sido desterradas. Para todo esto se necesitan personas de uno y otro sexo que guarden castidad perfecta: lo cual es evidente en cuanto a las Comunidades religiosas y poco menos que evidente en cuanto a aquellos que viviendo en el mundo quieren ser muy celosos de la gloria de Dios y de la salud de las almas; pero los que tienen familia generalmente están impedidos por las aficiones y solicitudes domésticas, como se ve cada día por experiencia. Y digo *generalmente* porque no se puede negar que esta regla casi general, tiene sus excepciones en algunas personas casadas que elevándose sobre la esfera común rivalizan a las célibes en promover el bien espiritual; pero son pocas y raras, con las cuales la Iglesia no podría contar nunca.

Con respecto a esto no puedo callar el bien inmenso que hacen en mucha parte de Italia las antiguas Ursulinas bajo el título de *Hijas de Santa María Inmaculada*. Son jovencitas y también viudas, que tienen o no, el voto, al menos el propósito de la castidad perfecta y perpetua, y deben aspirar a conseguir la perfección cristiana y cuidar del bien de las almas, especialmente de las otras jovencitas a quienes descuidan sus padres. Estas por los cuidados de aquéllas, frecuentan el Santísimo Sacramento, asisten a las instrucciones cristianas y cumplen con los demás deberes religiosos: aquéllas las ponen en el mismo camino de la virtud y las consolidan en el santo temor de Dios, de modo que llegan a mostrar a veces, valor heroico por el cual se requiere para vivir religiosa y piadosamente en familias anticristianas, donde la incredulidad y malas costumbres pervierten. ¿Estas Hijas de Santa María Inmaculada podrían hacer esto si no tuviesen al menos el propósito de la castidad perfecta? No lo podrían. Y ¿sería acaso probable que mantuviesen dicho propósito junto al voto de castidad, que generalmente emiten con el permiso de sus directores espirituales, viviendo entre las seducciones y escándalos del mundo, si por otra parte no las sostuviera y fortaleciera la Comunión frecuente? Por necesidad conozco un buen número de ellas: La Comunión cotidiana no la tienen por regla, sino por costumbre y ya no temo que les haya de faltar la perseverancia. Tenemos también ya los *Hijos de Santa María Inmaculada*, si bien mucho menos extendidos. Esperemos que bendecidos por su Madre crecerán, harán gran bien imitando a las Hijas; y con la misma frecuencia de la Santísima Comunión hallarán la seguridad de un resultado semejante.

Me parece haber dicho bastante para hacer comprender para que se deba promover la Comunión frecuente y dilatarla con un celo extraordinario. Me parece que sería este el medio más eficaz para obtener directamente el fervor en los justos e indirectamente la conversión de los pecadores; porque la Comunión frecuente a la fuerza hace santos y santos, que son los que fervorizan a los justos y convierten a los pecadores.

Si todos los ministros de Dios considerando bien la práctica de la Iglesia antigua, la doctrina de todos los Santos Padres, del Concilio de Trento, del Catecismo Romano y del decreto de Inocencio XI se encudiesen en vivo celo para promover la Comunión frecuente y diaria, si todos entendiesen y practicasen el Evangelio obligando con industrias e impulsos de su caridad a los fieles para que se sienten al Banquete del Divino Amor; si los piadosos cristianos, puestas todas las prevenciones y temores insubsistentes correspondiesen a la obra del celo de aquellos y buscasen hambrientos el Pan bajado del cielo que constituye el gran Banquete; ¿quién dudaría que esto bastaba para que mucho mejorase el mundo?

9. Apelo a los sacerdotes

Hermanos Sacerdotes, nosotros preparamos el Banquete del Divino Amor, que es el Pan bajado del cielo que quedó en nuestras manos. Es nuestro oficio y deber llamar a los invitados, que son todos los fieles, y no solo llamarlos sino también hacerles dulce violencia para que quieran participar de él. Este Banquete no está reservado para tiempo alguno o fiesta particular; es Banquete cotidiano. En efecto, para nosotros lo queremos así, subiendo cada día el sagrado altar, donde en fuerza de las omnipotentes palabras que proferimos, baja el verdadero Pan del Cielo, N. S. Jesucristo, vivo y verdadero, realmente presente. Convenzámonos bien de que este Banquete no debe ser cotidiano solo para nosotros; obremos porque lo sea también para el pueblo cristiano; de esta manera haremos que el deseo del Concilio de Trento no quede ineficaz. Para este fin no queremos ser con los fieles más rigurosos que Cristo, quien no rechazó del Banquete sino aquel que no llevaba la vestidura nupcial: no queremos ser más rigurosos que los Santos Padres, que sin duda son los sumos maestros espirituales del cristianismo; ni queremos ser más rigurosos con los demás que con nosotros, exigiendo de los seglares mayor preparación o santidad de vida para que se acerquen a la Santísima Comunión, que no nos la exigimos, cuando celebramos la Santa Misa. Si alguna vez nos parece que no debe permitirse la Comunión cotidiana a alguna alma que vive

habitualmente en gracia de Dios juzgando que un poco de restricción le puede ser útil; ante todo consideremos bien la cosa en la presencia de Dios y veamos si tal vez no nos induce alguna prevención insubsistente ante las luces de la sana teología, práctica y doctrina de la Iglesia; veamos si nos induce un rigor superfluo, que acaso nazca de una pereza oculta, que nos haga fastidiosa la solicitud y trabajos que requiere el cultivo espiritual de las almas. Pero es un hecho que los menos rigurosos para consigo, son los más para con los demás: lo que merece se considere seriamente por parte nuestra.

Hermanos Sacerdotes prediquemos siempre los grandes bienes de la Comunión frecuente; exhortemos al pueblo cristiano a practicarla; acojamos y animemos con diligencia a los que muestran desearla. No temamos que las Comuniones frecuentes se multipliquen demasiado: el mundo es tan malo, que a pesar de nuestros esfuerzos no se multiplicarán nunca demasiado. Sí, estemos seguros que el mundo por ser tan malo no permitirá que se multipliquen excesivamente. Me dirán que ahora hablo impropia e imprudentemente; porque no sería nunca posible que fuera excesivo el número de Comuniones en el pueblo cristiano, y tienen muchísima razón, no lo sería, aun cuando todos los cristianos estando bien dispuestos, comulgasen todos los días. Es verdad; es verdad; tienen mucha razón; pero perdónenme si se me ha deslizado la pluma en este momento, en que siento una especie de indignación en mi corazón, considerando que no faltan en el mundo quienes verdaderamente temen que se hagan demasiadas las Comuniones.

10. Apelo a las almas piadosas

Más ahora a ustedes me dirijo, almas piadosas, que tienen la dicha de frecuentar no sólo a veces sino también diariamente la Santísima Comunión; ustedes deben ser los apóstoles de la Comunión frecuente y cotidiana; a ustedes les toca este oficio, ejercer este apostolado, invitando a las almas, las más que puedan a que sean frecuentes a la Santísima Comunión. Ustedes que comulgan tan frecuentemente tienen de Dios una gracia incomparable; son, permítanme decirlo, las *Benjamins* de Dios; porque no se puede dudar que de esta manera Le muestra un amor singular. Una sola comunión concedida por Dios una vez al año es prueba de amor incomprensible, porque entonces Dios hace un don, que no es menor que Él mismo, un don verdaderamente infinito. Piense entonces ¡qué prueba de amor da al alma cuando es tan frecuente o aun cotidiano, y se da por alimento! Sí; ustedes son en verdad las *Benjamins* de Dios! De tanta dignación y amor que Dios les tiene, deben maravillarse hasta los mismos ángeles; y cuando en la luz de la eternidad conozcan bien esta dignidad y amor, no se saciaran de admirar eternamente su grandeza. Aquí no me saciaría yo de exclamar: *Dios obra como Dios; Dios obra como Dios; canten esta admirable y sencilla verdad todas las criaturas del cielo y de la tierra: Dios obra como Dios*. La comunión que Él concede a los hombres, especialmente la frecuente y cotidiana es obra singular de uno igual a Él. El Infinito obra infinitamente. *Dios obra como Dios, con ustedes almas suyas muy predilectas*.

Por lo mismo deben manifestar a Dios la gratitud recibida por un don y una prueba de amor tan excelsa. Y nunca lo harán mejor que esforzándose a fin que se multipliquen las almas, que se dispongan para gozar del gran favor que ya gozan ustedes. ¿Podrían acaso imaginar la gloria, que con tal estudio y empeño le procuraran; el bien que harían a las almas que El ama tanto?

Habiendo llegado al término de este librito ustedes deben ya saber algo de la gloria que da a Dios la Comunión frecuente y cotidiana, y del bien que procura a las almas; pero ciertamente hasta ahora nada saben en comparación de lo que sabrán un día en el Paraíso.

Hay que esforzarse para animar a que comulguen a menudo y todos los días, si es posible, todas las almas que puedan, de una manera especial las inocentes, en las que Jesús encontrará particulares delicias. Aquellos jovencitos, aquellas jovencitas, a quienes no tiraniza todavía el amor del mundo, animarlos a la Comunión frecuente, llevarlos a aquellos confesores que fácilmente se la permiten. La Comunión frecuente hace Santos a los cristianos de toda edad, aun cuando hayan sido antes grandes pecadores; ¡cuánto más a los inocentes!

Para animarlos oigan todavía estas pocas palabras y ejemplos, que saco de una obrita muy alabada, y quizás por ustedes conocida: *El alma devota de la Santísima Eucaristía (Cons.26)*: En la vida de Santa Margarita de Cortona se lee que el Señor una vez le dijo que quería premiar mucho a su confesor por haberla aconsejado, que comulgase a menudo. Igualmente en la vida del Venerable Antonio Torres se lee que el Siervo de Dios compareció después de muerto a una persona y le dijo que Dios había aumentado su gloria en el cielo por la Comunión frecuente que había permitido a sus penitentes. Otra vez dijo el Señor a la Ven. Sor Prudenciana Zamaoni, monja de Santa Clara en Bolonia, estas palabras: Si frecuentan la Comunión, olvidaré todas tus ingratitudes. Por el contrario escribe Ludovico Blosio, que Jesús quejándose un día con Santa Gertrudis de los que disuadían a los demás de la Comunión frecuente, le dijo: Siendo mi delicia estar con los hijos de los hombres, para

quienes instituí con este fin el Santísimo Sacramento del altar, el que alejase las almas para que no me reciban impide mis delicias. Y así decía el Ven. P. Juan de Ávila que los que reprenden a los que frecuentan la Comunión, hacen el oficio del demonio, que odia mucho este Sacramento, porque las almas reciben de él gran fervor para crecer en la perfección.

Promuevan entonces almas piadosas, con todo el celo las Comuniones frecuentes y diarias; haréis el oficio de ángeles, que están adorando ante los Santos tabernáculos, e invitan a participar de la Mesa celestial a los cristianos que acuden; ustedes aumentaran las delicias del Corazón de Jesús; aquellas delicias singulares que prueba uniéndose con nosotros en el Santísimo Sacramento. El Señor en recompensa de sus celos, les perdonará sus pecados e ingratitudes; tendrán por esto una gloria particular en el paraíso. Sí, ustedes perseverantes al Banquete del Divino Amor, ustedes del todo empeñadas para que en gran número acudan los invitados, serán acogidas seguramente en el Banquete del Divino Amor en el cielo, coronadas de una aureola de gloria particular correspondiente al fervor de su celo.

¡OH Jesús! acabando este mi trabajito en el día de vuestra Transfiguración gloriosa (El autor interrumpió la obra cerca de seis meses, porque la había empezado el 1 de Noviembre de 1866, como consta en la dedicatoria a todos los Santos, y la acabó el 6 de Agosto de 1867, fiesta de la Transfiguración de N. S. Jesucristo en el monte Tabor.), les ruego que hagan conocer mejor por nosotros sacerdotes y por el pueblo cristiano! ¡OH! cómo están escondido en el Santísimo Sacramento! Las especies sacramentales lo ocultan de modo que no solo se nos cubren totalmente los esplendores de nuestra divinidad, sino también hasta la existencia de nuestra Santísima Humanidad! ¡OH! cómo están escondido en el Santísimo Sacramento! Conociendo la preciosidad de la fe que no quiere pruebas y experimentos, no se les debe pedir que renueven el prodigio del Tabor, que en el Santísimo Sacramento es mostrar siquiera exhalando un poco la gloria que tienen sentado a la derecha de Dios Padre. Y ¿quién entonces se atrevería acercarse a Ti? Caeríamos todos con la frente al suelo oprimidos por el peso de aquella gloria; nadie tendría ya fuerza para entrar en la sala de Tu Banquete; todos nos quedaríamos afuera atónitos, aterrorizados. Hagan, entonces conocer mejor; pero siempre con fe, con fe viva, que vale más que cualquier experimento que nos pudieran dar nuestros sentidos, si se renovase para nosotros el prodigio de este día. Con fe viva hagan conocer ahora las palabras que hoy salían de la magnífica nube: *Este es mi hijo querido, en quien puse todas mis complacencias*. Hagan entender bien a los sacerdotes, a fin de que podamos hacerlas entender a los todos fieles. ¡OH! ¿No hallaremos nosotros por lo tanto todas nuestras complacencias en Ti, que eres el objeto de las infinitas complacencias de Dios Padre? Y sin embargo es así (y esta es la causa de todo nuestro mal): por falta de fe no las hallamos en Ti; sino en el fango y humo de las miserias y vanidades humanas. No hallándolas nosotros en Ti, no nos ocupamos lo suficiente para que las hallen nuestros fieles. Y así, acercándonos cada día a su altar, no hacemos muchas veces sino seguir una costumbre y dejamos correr la otra de que sus fieles se acerquen raramente a su sagrada Mesa. ¡OH! ¡Jesús! Jesús Sacramentado aviva nuestra fe! Con la fe avivada, que arderá enseguida de celo, admítenos cada día al Banquete del Divino Amor, ya que lo preparamos por oficio de nuestro ministerio, convidaremos animosamente, y también haremos dulce aviso a nuestros fieles, para que muy a menudo y aun cada día, si es posible, participen de nuestro Banquete.